

LAS PIONERAS

Avatares de las primeras comunicadoras en la pantalla chica uruguaya

Autor: François Graña, noviembre 2014

Informe realizado en el marco de la Convocatoria 2014 a presentar proyectos de investigación sobre “EL ROL DE LAS MUJERES EN LOS SERVICIOS DE COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL” de la Dirección Nacional de Telecomunicaciones y Servicios de Comunicación Audiovisual del Ministerio de Industria, Energía y Minería (MIEM-Dinatel).



Indice

	Resumen	3
	Presentación	5
	Antecedentes y fundamentos teóricos	9
	Análisis de las entrevistas	16
	Cristina	16
	Ana María	29
	Norma	47
	Palabras finales	64
	Bibliografía	66

Resumen

En pocas décadas, la situación de las mujeres ha cambiado más que en milenios. Se redujo el número promedio de hijos, se generalizó la utilización de anticonceptivos modernos, aumentaron los divorcios, ellas tienen mayor nivel educacional y se han incorporado masivamente al mercado de trabajo. Estos cambios han expandido la autonomía de las mujeres incrementando su poder de negociación frente a los hombres, reduciendo las desigualdades atribuibles al género, y contribuyendo a la conciencia femenina de la discriminación de que han sido y son objeto en la convivencia social. Entretanto, ellas siguen siendo las responsables de la tarea doméstica y de los cuidados de las personas del hogar, actividades no remuneradas ni valoradas socialmente, y continúan padeciendo la violencia masculina más brutal, tanto física como psicológica y simbólica.

El presente informe constituye un primer avance en la investigación proyectada, que hemos titulado “Mujeres comunicadoras en la TV abierta uruguaya: los avatares de la conquista de un ámbito profesional”. La misma tiene por propósito general la aprehensión de las principales transformaciones en la vida socio-profesional de las mujeres, poniendo el foco en el modo en que dichas transformaciones se han materializado en una rama definida de actividad: la comunicación en la televisión abierta. Hemos entrevistado a comunicadoras que se corresponden -muy aproximadamente- con tres franjas etarias: las primeras en ingresar a la televisión uruguaya, las profesionales maduras ya instaladas en la actividad, y las más jóvenes que se incorporan recientemente a la comunicación audiovisual.

En esta exposición daremos cuenta del trayecto recorrido por tres comunicadoras que abrieron brechas en ámbitos y roles hasta entonces exclusivamente masculinos. Hemos seleccionado estos casos de entre las entrevistadas, atendiendo una secuencia temporal que -esperamos- podrá aportar algunas pinceladas al cuadro evolutivo de la pugna femenina por la equidad profesional en el campo comunicacional. La primera ingresaba a la televisión en el propio comienzo de la misma en nuestro país en la segunda mitad de los años 50; la segunda lo hacía en los 70, y la tercera promediando los 80. Hemos preservado el anonimato de las entrevistadas para permitirnos

una mayor soltura en el análisis de sus historias de vida, de modo que Ana María y Norma son nombres ficticios. La identidad de Cristina Morán, la pionera por antonomasia, resultaba imposible de disimular, dada la notoriedad pública de su trayectoria. Comenzaremos precisamente con su testimonio para luego seguir con Ana María y con Norma.

Presentación

Comencemos por explicitar los métodos empleados en este trabajo. Tal como se desprende del resumen, nos propusimos hurgar en el modo en que las mujeres comunicadoras han vivido su trayecto profesional, de cara a las especificidades y obstáculos atribuibles a las desigualdades de género y a la histórica hegemonía masculina. La perspectiva metodológica cualitativa es la que mejor se presta para dar cuenta de las percepciones subjetivas de lo vivido. Dicho de otra manera, esta metodología resulta la más apta para abordar el modo en que los propios actores perciben -y contribuyen a construir- sus propios contextos cotidianos de vida.

Toda investigación cualitativa puede definirse entonces como una exploración de mundos intersubjetivos de vida, de experiencia cotidiana compartida y comunicativamente mediada. Esta comunicación de la experiencia de vida de l@s actor@s sociales es ante todo -aunque no exclusivamente- lingüística. Los métodos cualitativos se valen del estudio del lenguaje como objeto, y no sólo como instrumento para investigar la realidad (Beltrán 1986). Las técnicas cualitativas buscan *interpretar* lo que se dice y por qué se dice, buscan entender tanto lo dicho como aquello que se omite, hurgan en las entrelíneas en procura de significaciones presentes en la percepción del mundo de quien habla, pero no siempre presentes en su conciencia.

En otra parte hemos reflexionado *in extenso* sobre los fundamentos teórico-metodológicos del análisis interpretativo del discurso, herramienta de la de que nos servimos aquí; remitimos al/a lector/a a dicho trabajo anterior (Graña 2010).

Empleamos la técnica de la entrevista grabada. En palabras de un connotado investigador, “el empleo de la entrevista presupone que el objeto temático de la investigación, sea cual fuere, será analizado a través de la experiencia que de él poseen un cierto número de individuos...” (Blanchet 1989:92). El cuerpo central de este trabajo consiste en el análisis del material discursivo de las tres entrevistas seleccionadas. Quisimos echar luz sobre los modos en que se hicieron un lugar en la televisión abierta, atendiendo en cada caso las

conexiones de sentido entre dichos modos y los contextos familiares y socio-históricos en que tuvieron lugar. Con el fin de proporcionar una visión de conjunto previa que facilite la lectura de los pormenores del análisis, adelantaremos renglón seguido una apretada síntesis del trayecto de Cristina, Ana María y Norma en tanto periodistas y comunicadoras en la televisión abierta de nuestro país.

Cristina es una adolescente cuando se inicia en la locución radial a fines de los años 40. En esa época todavía arraiga profundamente en nuestra sociedad una división sexual del trabajo en que los hombres ocupan todo el espacio público y se espera que las mujeres se consagren por entero al matrimonio, al hogar y a los hijos. La comprensión y el sólido respaldo de sus progenitores, contribuyeron no poco a hacer posible una audacia que jamás hubiera prosperado ante un veto paterno. Nueve años más tarde sería la única mujer en el *staff* que inaugura la primera emisora de televisión uruguaya a fines de 1956. En un ámbito abrumadoramente masculino, Cristina construye de la nada un perfil profesional femenino, conquista un reconocimiento que crece día a día; en retrospectiva, siente que “no me dio trabajo ninguno, fui yo siempre, no inventé un personaje”. Es solvente, arrojada, simpática y atractiva. En el trato cotidiano dentro y fuera del canal, los que “se tiran un lance a ver qué pasa” son legión. Ellos tienen todo el poder de decisión, por lo que debe practicar el difícil equilibrio de mantenerlos a raya sin herir su amor propio, debe ganarles en la lid profesional sin humillarlos. Es hoy muy consciente del concurso de circunstancias excepcionales que explican su trayectoria: “alguien tiene que abrir camino: bueno, a mí me tocó hacerlo, y lo hice encantada”.

En el hogar rural donde nació y creció en los años 50, Ana María se habituó de muy pequeña a escuchar el informativo radial junto a su padre. Mostró desde la más tierna infancia un marcado gusto por la lectura y la locución: leía mucho y en voz alta, jugaba a ser maestra, fue invitada a leer poemas en las fiestas escolares. Más tarde lideró un diario liceal y descubrió así que su sueño era ser periodista. Al igual que Cristina, contó con todo el apoyo familiar. A inicios de los 70 tomó el único curso de periodismo existente en esos años; pronto colaboraba con una revista nacional, poco después con el canal departamental de TV y luego con una de las radioemisoras nacionales más importantes. Esta

última experiencia se saldó brutalmente con su despido, corolario de un episodio de acoso sexual protagonizado por alguien con poder en la empresa. En 1981 y luego de arduas pruebas, ingresaba como periodista de investigación en un canal nacional de TV. Debió afrontar otro doloroso episodio de violencia de género, esta vez con base en el rumor ultrajante. A fines de la década sería la primera comunicadora de la TV uruguaya en un noticiero central, y por años, la única mujer en el equipo de profesionales del canal. En continuidad con un modo de trabajo que ejercita desde la adolescencia, despliega una labor periodística sólidamente fundada en la investigación. Debe afrontar incesantes situaciones de acoso en los ámbitos públicos en que se desempeña. Aprende a desarrollar una estrategia de resistencia que, a la vez, no la limite en su actividad profesional: “mi recurso era hacerme la boba, siempre me hice la niña, la boba”.

La niñez y adolescencia de Norma discurre durante los convulsionados años 60 y 70. Emergen con fuerza en todo el mundo los reclamos feministas de igualdad de derechos y libertades; las mujeres amplían el acceso al mercado de trabajo y a los oficios y profesiones, eclosiona la matrícula femenina en las Universidades, ellas se vuelven de más en más visibles en los ámbitos públicos. Desde pequeña, Norma incorpora hábitos de lectura y de estudio, hace suyo el mandato familiar de la formación y del gusto por el saber. La actitud de sus progenitores respecto del futuro de la hija, trasluce una clara percepción de los tiempos que corren: “para mis padres... no existía que no te fuera bien, había que tener un título terciario”. Accedió a la comunicación televisiva por la puerta de la investigación socio-cultural. Esta labor le permitía desplegar a sus anchas aquellas inclinaciones aprendidas en el hogar, cuadraba con la docencia que también ejercía, le aseguraba una apreciable autonomía y mantenía a buen recaudo su privacidad. Estas mismas razones la llevaron a dudar ante el ofrecimiento que pronto le haría el canal: cubrir la vacante producida en la dupla del telenoticiero de horario central. Pero luego acepta, tomando todos los recaudos para sostener con firmeza el timón de su vida privada y de su cotidianidad y ponerlo a resguardo de la notoriedad pública. En lo que hace a la equidad de género, señala que “no es fácil” para

ellas, aunque percibe como obstáculo principal cierto bloqueo de las propias mujeres “para dar por sentado que tenemos los mismos derechos”.

Hemos contado con la valiosa colaboración de la Lic. Florencia Pagola para la preparación y realización del trabajo de campo. Participó activamente en reuniones preparatorias de la investigación así como en la planificación y realización de la mayor parte de las entrevistas, muchas de las cuales estuvieron a su cargo exclusivo. Florencia realizó asimismo una amplia revisión de antecedentes con elaboración de fichas de lectura que sirvieron de base para la redacción del apartado que sigue, en que damos cuenta de los antecedentes y fundamentos teóricos de la investigación.

La revisión de trabajos antecedentes que puede leerse renglón seguido, permitirá insertar esta exposición en un marco más amplio de acumulación de conocimiento sobre los temas aquí abordados. También explicitaremos algunas referencias teóricas que han contribuido a modelar la “mirada conceptual” de la que nos hacemos cargo. Luego le seguirá el desarrollo central de este informe.

Antecedentes y fundamentos teóricos

La distribución desigual de roles, obligaciones y derechos entre hombres y mujeres, signa la historia humana desde los albores mismos de la especie. Esta correlación de historia humana con desigualdad entre géneros, produce un efecto de “naturalización” muy difícil de “ver”, y más aún de cuestionar. Estas diferencias de poder entre mujeres y hombres, se nos presentan a la percepción ingenua como si estuvieran inscritas en los propios sexos biológicos. En nuestras sociedades androcéntricas y desde tiempos inmemoriales, las mujeres han sido socializadas para la esfera doméstica y privada, en tanto los hombres lo han sido para ocupar los espacios públicos y los ámbitos de decisión social.

“Por una parte, los hombres desempeñaron siempre las funciones sociales más destacadas, las mujeres estuvieron siempre absorbidas por la vida doméstica. Por otra, en muchas cosmovisiones, mitos y leyendas acerca de los orígenes de la humanidad, esas diferencias entre géneros integran el ‘orden de las cosas’ atribuido a una voluntad divina o una esencia humana inmutable. Si así fue siempre, ¿por qué debería cambiar?”
(Graña 2006:11)

En el siglo XX, las mujeres se fueron incorporando a los ámbitos laborales, políticos y culturales históricamente ocupados por los hombres, se rebelaron contra un orden de cosas centrado en la experiencia masculina, conquistaron derechos, reclamaron igualdad. En estas últimas décadas, la emergencia de los estudios de género revela el carácter histórico-cultural de una desigualdad en la que los hombres siempre constituyen el polo dominante. Los estudios de género han ganado visibilidad y legitimidad, tanto social como académica. Al mismo tiempo, estas propias relaciones desiguales se han venido transformando con una rapidez e intensidad que no tiene precedentes. De este modo, cuestionamiento discursivo y cambio real se entrelazan y retroalimentan mutuamente.

La brecha de la desigualdad entre mujeres y hombres se viene reduciendo incesantemente, las instituciones y Estados incorporan políticas de género tendientes a acortar distancias y a proteger los derechos de las mujeres. Al mismo tiempo, es evidente que las desigualdades estructurales están muy lejos

de haber desaparecido, y que la tradición y los prejuicios milenarios generan fuertes resistencias al cambio. Todos los ámbitos neurálgicos de poder social siguen estando controlados por hombres: los partidos políticos, el gobierno y el Parlamento, las autoridades del sistema educativo, las cámaras empresariales, los directivos de las grandes multinacionales, por mencionar los más evidentes. Como no podría ser de otro modo, los medios de comunicación no escapan a estas tensiones entre cambios y permanencias. Así por ejemplo, las mujeres han venido conquistando lugares como profesionales de la comunicación, aunque se está todavía muy lejos de la equidad entre géneros. Asimismo, la TV sigue presentando a las mujeres como mero objeto de deseo de los hombres, recurre persistentemente a estereotipos sexistas que las denigran, muestra como obvios e incuestionables ciertos cánones de belleza femenina elaborados con la mirada masculina. A las mujeres que trabajan en la televisión se les exige no sólo profesionalismo sino también buen aspecto físico, requisito mucho menos presente en los criterios de selección de hombres. Las mujeres profesionales dan cuenta de las dificultades para compatibilizar responsabilidades familiares con trabajo, en un contexto laboral que reclama mucha disponibilidad; a ello debe sumarse el acoso sexual y los prejuicios androcéntricos presentes en muchos responsables jerárquicos de los medios.

La percepción unánime que se detecta en el debate acerca de los medios de comunicación, es que estos le corren detrás a los avances ya conquistados por las mujeres en las sociedades contemporáneas. Continúan primando estereotipos anacrónicos que no se corresponden con la realidad (Bach et al. 2000, Aldana et al. 2000). Las investigaciones en comunicación e información desde una perspectiva de género tienen ya unas tres décadas en Occidente. Así por ejemplo, un trabajo pionero difundido a mediados de los 80 mostraba que las mujeres aparecían en la prensa española entre un 7 y un 9 %. El análisis cualitativo de los datos recolectados, mostraba un perfil femenino de información con predominio en las “actividades ornamentales” como el ocio y el cuerpo, situadas en las antípodas de las informaciones “serias” o “difícultuosas” tales como las políticas y económicas (Secanella y Fagoaga 1984).

La llamada “segunda ola” feminista¹ protagonizada por las mujeres en los años 70, que se inicia en la vieja Europa y los EE.UU., imprimió un fuerte impulso a los estudios con perspectiva de género. Al comienzo, en lo que respecta a los estudios de comunicación, surgieron diferencias entre quienes entendían prioritaria la conformación de medios propios de comunicación y aquellas que se inclinaban por el trabajo en los medios masivos existentes con vistas a la denuncia del sexismo y al cambio en las políticas comunicativas. Asimismo, quienes enfatizaban el tratamiento de temas sobre mujeres se enfrentaban a quienes preferían abordar todos los temas desde una perspectiva femenina. Buena parte de esta polémica ha quedado zanjada, en el entendido de la complementariedad de estos distintos enfoques (Burch 2000). Los estudios más frecuentes son aquellos que dan cuenta de la presencia de mujeres en las noticias, ya sea como protagonistas, como informantes calificadas o como comunicadoras. Estos estudios se valen predominantemente de técnicas cuantitativas de investigación (Alfaro 1997). En nuestro país, la organización feminista Cotidiano Mujer ha puesto en marcha en 1999 un “Observatorio de los medios de comunicación” a cargo de Lilián Celiberti y Silvana Bruera, que registra y analiza el espacio ocupado por las mujeres en los medios.

Los estudios de publicidad están fuertemente presentes en el panorama de la investigación académica con perspectiva de género. Las pautas publicitarias continúan presentando imágenes estereotipadas de las mujeres, en tanto que las de los hombres son más diversas y matizadas. Es cierto que estas representaciones coexisten con otras emergentes, que manifiestan cierto cuidado por la equidad de género y la no discriminación de las mujeres. Se trata a menudo de intervenciones “políticamente correctas” en los medios de comunicación; pero aun así, ponen en evidencia que se han dado pasos en dirección de la legitimación social de la equidad entre mujeres y hombres. Persiste una visión sexista de las mujeres, que aparecen en roles subordinados y desempeñando las funciones que les han sido tradicionalmente asignadas en las sociedades patriarcales. El cuerpo de las mujeres continúa siendo profusamente utilizado como mercancía erótica, como objeto de deseo

¹ Así se ha llamado al estallido feminista de fines de los '60 y primeros años de la década siguiente, en referencia a la “primera ola” protagonizada por las sufragistas de comienzos de ese siglo.

masculino. Las mujeres aparecen como valor estético, como cuerpo perfecto, como adorno, y junto a ellas las *superwomen*, trabajadoras incansables que además estudian y se ocupan de sus hijos.

Si bien comienzan a aparecer -tímida y “torpemente”- hombres realizando tareas domésticas, ellas continúan mostrándose como “reinas del hogar”. La casa resplandeciente y ordenada, la mesa servida, siguen estando a cargo de una esposa-madre siempre bella, delgada, elegante y bien arreglada. Una panoplia de productos milagrosos para adelgazar, para eliminar las arrugas, para estar siempre frescas y rutilantes, sigue tan presente como siempre en los mensajes dirigidos a ellas.

Las investigaciones de anuncios publicitarios desde una perspectiva de género se han multiplicado en estos últimos años. Procuran decodificar los anuncios desde un enfoque que tiene por horizonte la liberación femenina de la situación tradicional de sujeción, buscan poner en evidencia las prácticas discursivas que refuerzan estereotipos denigrantes que las subordinan y cosifican, y descifrar los sistemas de referencia connotativos enmascarados bajo la pauta publicitaria. Algunas de entre estas investigaciones buscan trascender la denuncia del actual estado de cosas buscando estimular la constitución de audiencias reflexivas capaces de oponerse a los mensajes de violencia contra las mujeres. También se busca una “alfabetización audiovisual” con vistas a la formación de una masa crítica opuesta a la subordinación de las mujeres (Racionero y Olivares 2012, Espin *et al* 2006, Gámez 2004, López 2004).

En muchos de estos trabajos se señalan reiteradamente características muy resistentes al cambio: i) no más de un tercio de los anuncios presenta imágenes femeninas, predominan las voces en *off* masculinas aun en anuncios de limpieza o electrodomésticos actuados por mujeres; ii) en los anuncios, las mujeres siguen apareciendo como las únicas responsables de este tipo de tareas, y a menudo el hombre aparece elogiando las cualidades del producto e invitando a adoptarlo; iii) la figura del “experto” es masculina en su abrumadora mayoría y con escasas excepciones; iv) en la publicidad de productos considerados de consumo masculino tales como automóviles, bebidas alcohólicas o productos financieros, las mujeres ocupan roles de estímulo al consumo y rara vez aparecen como consumidoras; v) el hombre predomina

ampliamente como prescriptor de conductas, en el uso de argumentos considerados “objetivos”, en la transmisión de seguridad y rigor en el mensaje. En suma,

“...el hombre sigue dominando la escena publicitaria, y no sólo porque actúe como conductor del spot en el doble de ocasiones que la mujer, sino también porque tiene una presencia cuatro veces mayor que la femenina en voces prescriptoras y la adelanta en todas las áreas de productos, salvo cosmética y hogar, lo que no deja de ser significativo.” (Berganza y del Hoyo 2006:13)

Estas constataciones generales han sido ampliamente verificadas en todo Occidente. Resta por reconocer que las cosas ya no son lo que eran, y se advierte cierta -¿progresiva?- mitigación de la discriminación de género así como del empleo de imágenes femeninas estereotipadas.

Los años 90 marcan una inflexión importante en términos de visibilización de las inequidades de género, y más particularmente, en el terreno de las políticas públicas no sexistas impulsadas por las mujeres organizadas. En la IV Conferencia Mundial sobre las Mujeres que tuvo lugar en 1995 en Beijing (China), los gobiernos allí representados se comprometieron a promover una serie de objetivos de igualdad y desarrollo para todas las mujeres del mundo.

De la plataforma adoptada en esta instancia, destacamos algunos puntos:

- Aumentar la participación y el acceso de las mujeres en los ámbitos de debate y exposición de las ideas en los medios de comunicación de masas, así como en la elaboración de directivas profesionales y códigos de conducta que fomenten una imagen ponderada y no estereotipada de las mujeres.
- Examinar las actuales políticas que rigen los medios con el fin de que incorporen la perspectiva de género, promover la formación de directorios de mujeres expertas en comunicación,
- Impulsar la investigación sobre la participación de las mujeres en los medios de comunicación, con vistas a la identificación de aquellas áreas que requieren atención y actuación

- Promover la participación plena y en condiciones de igualdad de las mujeres en los órganos consultivos y de gestión de los medios de comunicación, así como su participación en la programación.
- Alentar el aumento del número de programas realizados por y para mujeres, velar por que sus intereses sean adecuadamente tratados.
- Estimular la formación de redes femeninas de comunicación valiéndose de las nuevas tecnologías de la información para difusión e intercambio de ideas así como para el apoyo a los grupos de mujeres que intervienen en ámbitos comunicacionales (de los Ríos y Martínez 1997)

En los años que siguieron a Beijing, se ha constatado la irrupción creciente de mujeres en las redacciones de libros y revistas, en los diarios, en la presentación de telenoticieros, en la elaboración de revistas electrónicas. Las mujeres han accedido a la elaboración de los contenidos de radio y TV. El número de mujeres profesionales en la comunicación ha venido creciendo constantemente; sin embargo, esta presencia no se refleja en los puestos de decisión, donde en casi todos los países las mujeres siguen estando subrepresentadas (Burch op.cit.). Asimismo, esta mayor presencia femenina en los medios tampoco ha influido significativamente en la selección y jerarquización de la información, que sigue privilegiando a los hombres como protagonistas y receptores de las noticias (Lovera 2007).

De este modo, y a despecho de cambios que no deben subestimarse, la estratificación de géneros aparece como telón de fondo pertinaz, como estructura “natural”, virtualmente invisible en tanto asimilada a esas nociones del sentido común “...*con las cuales se argumenta pero sobre las cuales no se argumenta*” (Bourdieu 2000). Para investigadoras feministas como Sandra Lovera (arriba citada, p.4), esta realidad paradójica cobija el peligro de que las mujeres no pasen de “operadoras de los avances tecnológicos” en los medios de comunicación, en un contexto que mantiene intacta una discriminación sistémica mejor disimulada que en el pasado, y precisamente por eso, más difícil de remover. No es lugar aquí para extendernos en un punto por demás importante, que hace a la prospectiva, al horizonte en que se inscribe el proceso de transformaciones y conquistas de la equidad de género.

Un sugestivo trabajo antecedente del proyecto que aquí sustentamos, fue llevado a cabo por la licenciada en sociología María Goñi (2005). Realiza un análisis de la calidad de la participación femenina en la TV uruguaya, tal como es percibida por las comunicadoras entrevistadas. Más allá de la creciente participación de las mujeres en los medios, las entrevistadas dan cuenta de la persistencia de estructuras jerárquicas masculinas; en los puestos directivos hay pocas mujeres, y estas a menudo “se comportan como hombres a la hora de desempeñarse en su labor”. Goñi identifica una marcada tendencia a la “masculinización” de estas comunicadoras. En tanto esperan ser evaluadas por su capacitación y su trabajo, y no por su aspecto físico ni por su condición de mujeres, sienten que deben comportarse “como ellos” dada su condición de modelos hegemónicos. Las periodistas sienten que deben estar doblemente capacitadas que los hombres para poder ingresar a los medios; es como si sus competencias profesionales estuvieran incesantemente sometidas a prueba, cuando no colocadas bajo sospecha. Asimismo, las entrevistadas perciben la discriminación por razones de género a la hora de la distribución de campos de trabajo: es el caso paradigmático de las noticias policiales, que constituyen un espacio cerrado de periodistas hombres. Manifiestan también la existencia de criterios sexistas de selección de mujeres para la programación, a menudo dictada por la intención de “adornar” con un toque femenino cierto programa protagonizado por periodistas hombres. En términos generales, y a despecho de todo lo antedicho, las entrevistadas evaluaron positivamente el creciente número de comunicadoras que se viene incorporando a la TV, lo que les da una mayor visibilidad pública y contribuye así al retroceso progresivo de las resistencias tradicionales. Son muy numerosos los estudios realizados en otras partes del mundo, que llegan a similares conclusiones. Así el caso de un amplio estudio aplicado a los medios españoles (Montero 2010), entre otros tantos que podrían citarse.

Daremos lugar ahora a nuestro informe de investigación que, como quedó dicho, consiste en el análisis sistemático de las entrevistas a tres pioneras de la TV uruguaya en lugares destacados de la misma: Cristina, Ana María y Norma.

Análisis de las entrevistas

Cristina

Una singular confianza en sí misma se desprende de sus palabras, de su mirada, de su gestualidad, de su expresividad toda. Dada su trayectoria -más de medio siglo en los medios de comunicación- podría pensarse que nos encontramos ante el resultado de un afianzamiento progresivo, coronado por un amplio e indiscutido reconocimiento público. Sin embargo, todo indica que una actitud desenvuelta y emprendedora constituyó desde la primera hora su carta de presentación. Es, por otra parte, lo que se desprende de su autopercepción: “yo soy una espontánea, ¿viste los que se largan al ruedo a torear, sin capote ni nada? A esos se les dice espontáneos...” Veamos el modo en que esta actitud se manifiesta en las circunstancias poco menos que fortuitas del acceso de Cristina a la radiocomunicación.

Los '40 fueron los años del *boom* de los radioteatros y de la fonoplatea; la radio, *vedette* indiscutida de la comunicación masiva, alcanzaba el zenit de su popularidad. A fines de la década, cierta radioemisora muy conocida había llamado a concurso de aspirantes a locutoras; debía tratarse de “una nueva voz”, sin experiencia previa en la radiodifusión. Lo que para cualquier joven de 17 años de esa época equivalía a una osadía mayúscula, representó para Cristina un desafío que asumió de inmediato, sin dudar ni un instante. El tiempo transcurrido ha hecho aún más vívido aquel cuadro de época: “a los diecisiete eras una verdadera chiquilina”. Nos cuenta: “cuando vi el aviso en el diario: ‘se necesita señorita de buena presencia, buena voz y simpatía’, yo dije ¡esta soy yo!...” Lo habló con su madre, quien reaccionó con un “¡ay, cuando se entere tu padre...!” Pero había que evitar, precisamente, que éste se enterara antes de tiempo, y ellas lo sabían. La madre consintió de inmediato, y acordaron mantener al padre por fuera del asunto, durante el tiempo que durara el concurso.

Esa complicidad se vuelve aún más significativa si evocamos un mundo laboral todavía fuertemente masculinizado, donde se insinúan apenas las condiciones para que la incorporación de ellas deje de ser excepcional, y termine por adoptar la forma de un legítimo derecho. En este contexto, la madre transmite a

su hija seguridad en sí misma, la segunda en la valorización de sus capacidades, la anima a valerse por sus propios medios, a salir de su casa, a conquistar el mundo. A diferencia de las generaciones precedentes, Cristina y muchas de sus coetáneas comenzaban a sentir que las mujeres podían y debían trascender las puertas del hogar. Esto, a despecho de una educación - tanto familiar como formal- que todavía predicaba sin discusión alguna, una clara división del trabajo entre los sexos: en tanto los hombres ocupaban por entero el espacio público, las mujeres tenían por destino el matrimonio, los hijos y las tareas domésticas. En un texto escolar editado pocos años más tarde de este episodio, aún se leía:

Reflexiona que tu misión es ser 'reina del hogar'. Sé hacendosa y aprende el difícil arte de ama de casa. Para ello necesitas tener conocimientos teóricos y prácticos de cocina higiénica, planchado, costura y corte, higiene y medicina doméstica, economía y ahorro, crianza y educación de los niños. (Figueira 1955:245)

Consideremos otro aspecto de este momento definitorio en la vida de Cristina: ¿había razones valederas para temer la reacción del “jefe de familia”...? Sin duda que no: poco después, su padre la apoyaba con el mayor entusiasmo. Aquella amenaza, casi ritual y poco creíble (“¡ay, cuando se entere tu padre...!”), delata las ambivalencias de una figura paterna aun teñida de reminiscencias del patriarca de antaño, en tiempos en que ya no era lo que había sido. No debe verse aquí una contradicción, ni siquiera una diferencia importante entre ambos progenitores, sino más bien una división de roles signados por la tradición: se espera que todas las decisiones importantes pasen por él, mientras que el timón de la cotidianidad -incluida la crianza y la educación de los hijos- se encuentra en manos de ella. Pero hay algo más. Aún en ausencia de grandes contradicciones entre progenitores respecto del futuro de la hija, es evidente una mayor empatía entre ésta y su madre. A la natural proximidad y conocimiento mutuo habilitados por los roles tradicionales arriba evocados, podría agregarse cierta “solidaridad de género” silenciosa, más intuitiva que elaborada, más fáctica que razonada.

La madre debió depositar en su hija, expectativas de una vida diferente de la suya y de las mujeres de su generación. Una vida que, sin perder pie en el ámbito familiar, también la catapultara lejos del mismo, dispensándola de

constricciones que sus abuelas habían vivido como “propias del sexo”, y que al presente comenzaban a ser cuestionadas como tales. Ella no tenía nada que reprocharse: cada cual debía lidiar con las circunstancias que le habían tocado en suerte. Y lo cierto era que, en pocas décadas, el mundo circundante tal como lo reflejaban los modernos medios de comunicación, venía cambiando a pasos de gigante. En los años precedentes, los noticieros del cine mostraban a mujeres estadounidenses ocupando el lugar dejado por esposos e hijos durante la guerra mundial de 1939-45. Ellas eran secretarías, dactilógrafas y locutoras, pero también empleadas administrativas, obreras industriales, profesionales; ahora votaban, hablaban en público, fumaban y conducían automóviles. Los años venideros mostrarían que la mujeres iniciaban un camino sin retorno: ya no volverían a la “reclusión dorada” del hogar (siempre reclusión, y no siempre dorada). A estas conquistas sociales sin precedentes para ellas, sobrevendrían muchas más. Y la experiencia mostraba a la mamá de Cristina y a sus contemporáneas, que los cambios ocurridos en las naciones occidentales más desarrolladas, se expandían tarde o temprano por el resto del planeta. Más aun: esto ya venía ocurriendo, aunque con la parsimonia propia de la apacible aldea montevideana de posguerra; dichos cambios no podían escapar a la percepción de quienes siguieran los acontecimientos con un mínimo de atención.

El influjo de estas circunstancias debió estar muy presente, aún sin palabras, en aquella conversación entre madre e hija que tendría para ésta una importancia crucial. ¿Y si, en cambio, Cristina se hubiera topado con la desaprobación de sus padres...? La pregunta es retórica: simplemente, esto no pudo haber pasado; la joven *sabía* que podía contar con su madre. Lo denotan las palabras que recuerda haberle dicho: “mamá, tú encargate de papá, que yo me encargo de este tema.” Eso hizo su madre: se ocupó de dosificar con cuidado la información transmitida a su esposo. Se trataba de un frágil equilibrio: había que contornear hábilmente cualquier “no” como respuesta, evitando al mismo tiempo que el “jefe de familia” se resintiera en su dignidad de tal. Era necesario persuadirlo poco a poco. Debían confiar en que la educación y los valores impartidos a la hija no habían caído en saco roto, ¿acaso había algo más importante? En este sentido, la confianza en la hija era el natural

correlato de la confianza en ellos mismos como tutores. Cristina sabría encontrar por sí misma los mejores caminos para su realización personal, en aquellas nuevas realidades que pronto conocería mucho mejor que sus padres. “Las madres siempre convencen a los padres, pienso que eso no ha cambiado”, comenta Cristina con una gran sonrisa.

El concurso al que se presentó como una más entre 120 postulantes, fue ganado por la joven emprendedora luego de sorteadas con éxito sucesivas pruebas eliminatorias. El nuevo programa radial, de quince minutos, iba de lunes a viernes y se llamaba “El cine y sus estrellas”. La producción se había inspirado en una circunstancia muy precisa: en esas semanas se inauguraba en Montevideo la modalidad denominada “cine continuado”; más concretamente, esto tenía lugar en la sala de cine Metro, en la esquina de San José y Cuareim. Consistía en la proyección ininterrumpida de dos, tres y más películas, desde el mediodía hasta entrada la noche; los espectadores pagaban una única entrada, y podían quedarse en sala cuanto quisieran. Pronto, el “cine continuado” se extendería por otras salas capitalinas, que en esos años eran casi noventa, con una oferta que rondaba los 200 títulos en un fin de semana cualquiera (Casal 1998). Todavía faltaba más de una década para que se hablara de la “pantalla grande”, por contraste con la tv.

El cine se encontraba en pleno apogeo; el precio popular de las entradas lo hacía accesible al gran público, las numerosas salas competían en confort, en tamaño de la pantalla y en cantidad de films en “Technicolor” incorporados a la programación (primaban todavía las películas en blanco y negro por razones de costos de producción). Si bien los estrenos eran acaparados por las grandes salas céntricas, todos los barrios montevideanos tenían uno o dos cines². La mayor parte de las ciudades del interior contaba con dos salas: por lo general, el viejo teatro de la ciudad más un “cine nuevo”, a los que se agregaba a menudo la exhibición dominical de películas en el salón parroquial.

El primer canal de televisión uruguayo -y cuarto en América Latina- fue “Saeta TV” (Canal 10), a impulso de Raúl Fontaina. El director de Radio Carve materializaba así un proyecto que ya tenía unos años: en 1950, él mismo había

² A medida que cerraban por quiebra a partir de los '80, los locales fueron ocupados por templos evangélicos, *show rooms* y galerías comerciales

constituido la firma S.A.E.T.A. (Sociedad Anónima Emisoras de Televisión Asociadas). La señal audiovisual salía al aire a las 18:30 del 7 de diciembre de 1956. Se emitió con una cámara de 90 quilogramos, un equipo de 100 W de potencia y una antena de 45 metros instalada sobre un viejo tanque de agua (de Feo 1994). El austero local armonizaba con la modestia de los equipos empleados: un galpón de bloques, madera y chapas, construido en el predio donde se había realizado meses atrás la Primera Exposición Nacional de la Producción³. Canal 10 emitió desde aquel lugar hasta su traslado, siete años más tarde, a Tacuarembó 1234 (hoy Lorenzo Carnelli).

No existía producción cinematográfica nacional, por lo que nadie tenía experiencia en imagen y comunicación audiovisual. Las primeras caras que se mostraron en pantalla, provenían sin excepción de la locución radiofónica: los hermanos Raúl y Milton Fontaina, Carlos Giacosa, Mario Fonticiella, Víctor Hugo Pedroso, Barret Puig y Cristina Morán, primera mujer que apareció en la TV uruguaya. Fontaina había hecho saber a Cristina que la quería en el elenco pionero de aquel emprendimiento:

Don Raúl había determinado que yo tenía todo para la televisión. Yo era gordita, y se usaban las gorditas en esa época... hasta Marilyn Monroe tenía pancita, era otro tipo de belleza, de estética...

En este apretado relato, la decisión de Fontaina aparece fundada sólo en el aspecto físico, en la imagen propiamente tal ante las cámaras. ¿Debe pensarse que fue éste el único criterio de selección? Es lo que parece sugerir el fundamento de la decisión de su jefe que le vino en mente: “yo era gordita, y se usaban las gorditas en esa época...”. Por una parte, Cristina coloca en su justo lugar la centralidad indiscutida de estándares de belleza femenina que son determinados y evaluados por la mirada masculina. Sin embargo, a esa altura, el aspecto físico estaba lejos de ser “todo” lo que Cristina, por entonces de 26 años, tenía para ofrecer. Nueve años atrás había ingresado a la locución radial como adolescente muy segura de sí, simpática y resuelta; en todo ese tiempo se había hecho un lugar propio, desde donde supo conquistar la confianza profesional de sus responsables. En aquel micromundo masculinizado donde

³ Años más tarde se levantaría allí el Cilindro Municipal, demolido en mayo 2014. El lugar estará ocupado por un centro para espectáculos deportivos, artísticos y culturales; el llamado proyecto Antel Arena se encuentra actualmente en fase de ejecución.

las decisiones eran tomadas por hombres que proveían y evaluaban todos los modelos, Cristina construía en la marcha, en el propio terreno de la radiocomunicación, un perfil profesional que no tenía precedente alguno: “yo fui una aprendiz de comunicadora”. Podemos presumir, de este modo, la existencia de un trasfondo de confianza en la probada solvencia de la joven. Estas consideraciones, tanto o más importantes que los criterios estéticos, han quedado implícitas; pueden adivinarse, solapadas, tras esta sobria autoapreciación suya: “...yo tenía todo para la televisión”.

Yo no quería ir: lloré, pataleé... era el terror a lo desconocido. Yo hacía hincapié en que no iba a poder leer, y estaba acostumbrada a que en la radio todo se libretaba, leíamos todo. Tenía que memorizar, ¿qué era eso de memorizar...? Yo no quería. Pero finalmente fui, porque donde manda capitán no manda marinero. ‘¿Qué tengo que hacer?’, le pregunté a don Raúl Fontaina. ‘Sé tú, sé la gordi Cristina’ (así me decía), me contestó; ‘ríete cuando tengas ganas, y si tienes ganas de llorar, llora’. ¡Y durante casi sesenta años, no he sido más que eso, soy yo! Porque no me dio trabajo ninguno, fui yo siempre, no inventé un personaje...

En los primeros años de la TV abierta en que el “video tape” (pregrabación en cinta magnetofónica) no había hecho aún su aparición, todo era actuación en vivo. El canal disponía de una única cámara grande y pesada, manejada con destreza acrobática, con desplazamientos incesantes y cambios de lentes al aire. Cristina debutó en la tele, en un programa que ocupaba un horario central: “Las noches brillantes de Angenscheidt”, que iba los domingos a las 21 horas. La joven siente que su desempeño fluye con naturalidad y confianza en sí misma: “al segundo o tercer programa, me di cuenta de que podía hablar con mis palabras, con mis conceptos, sin abandonar la esencia de la cosa, que era lo que quería el cliente”.

En esa época, la hegemonía masculina es absoluta e indiscutida. Las uruguayas han adquirido carta de ciudadanía con el derecho al voto hace apenas veinte años. Esa conquista constituyó un paso de gigante en dirección de la igualdad formal de género; sin embargo, las mujeres todavía son consideradas un mero apéndice del hombre. Él es el timonel del Estado, el titular de la razón y del mundo de las ideas; lidera las instituciones religiosas, la política, la guerra, el mercado, todos los ámbitos profesionales. Las maestras representan una salvedad que merece mención. Podría pensarse que el

acceso femenino a la docencia supone un escalón hacia la equidad en el campo laboral. Sin embargo, la tarea de educar es vista como una prolongación “natural” de la condición femenina; se espera que la maestra sea capaz de desplegar en el aula aquellas dotes de cariño, paciencia y dedicación con que las madres crían a sus hijos en el hogar:

En todo caso, si había un lugar público para ella no era más que la prolongación de su actividad doméstica. En esa prolongación es que se consideró a la mujer como el mejor agente para educar. El ejercicio del magisterio junto con las costureras y empleadas fueron actividades laborales públicas presentadas como dignas y decentes (Lionetti 2000:343)

En el Contrato de la Maestra aprobado por el Consejo de Educación de la Escuela, puede leerse que la señorita maestra no podrá casarse so pena de anulación inmediata del contrato; no puede andar en compañía de hombres, debe permanecer en su casa entre las 20 y las 6 horas, no debe fumar ni beber, no puede andar en coche con ningún hombre excepto su hermano o su padre, no debe usar vestidos que queden cinco centímetros por encima de los tobillos ni teñirse el pelo ni vestir con colores brillantes ni usar polvos faciales ni maquillarse ni pintarse los labios, deberá mantener limpia el aula barriendo al menos una vez al día y fregar el suelo con agua caliente al menos una vez por semana (Lionetti op.cit.)

En ese contexto, las mujeres como Cristina constituyen una excepción que sólo se justifica a los ojos masculinos por una probada idoneidad para la tarea en cuestión y mediando un examen incesante de sus desempeños. En su relación con los colegas, todos varones, construye una relación afable basada en la camaradería y el respeto mutuo. Sin embargo, este *modus vivendi* no es fácil ni está dado por sí mismo. Cristina es una joven atractiva, desenvuelta, encantadora; invitarla a salir, buscar seducirla, constituye para algunos una tentación que no pueden o no quieren resistir. ¿No es éste acaso un impulso domesticable pero irrefrenable en su esencia, constitutivo de una “condición masculina” ancestral e inalterable? El prestigio social de los varones de esta época se correlaciona con la cantidad de conquistas sexuales que puedan exhibir ante sus pares. En contrapartida, la reputación de las jóvenes reposa precisamente sobre su firmeza y habilidad para resistir un acoso masculino que las halaga pero que no debe mancillar su virtud. Esta tensión alienta una doble

moral que tolera y aún promueve la sexualidad prematrimonial para los hombres, al tiempo que la proscribía para las mujeres. Un varón que se precie de tal, llegará al matrimonio con un cúmulo de conquistas sexuales episódicas en su haber; en cambio, se espera que ella haya sabido preservar su dignidad virginal de mujer “pura” y por tanto casadera (Giddens 1995).

Esta desigualdad que atribuye al varón el monopolio de las iniciativas, caracteriza desde larga data las reglas de juego imperantes en el cortejo entre sexos. Cristina da cuenta de esta asimetría a la luz de su propia experiencia de vida, aunque en términos muy sobrios: “los hombres de todas las épocas son iguales, se te tiran encima, se tiran el lance a ver qué pasa”. Detengámonos un instante en esta breve alocución, soltada al pasar y sin que la entrevistada le atribuya mayor importancia. Estrictamente, no nos dice nada que no sepamos: así han sido las cosas desde tiempos inmemoriales, y nuestra interlocutora no hace más que actualizarlas en su contexto de vida. Esta constatación, parca y sin juicio de valor, naturaliza la inequidad: ellos siempre “se te tiran encima” en manifestación de un poder masculino que bloquea toda alternativa socialmente aceptable, por medio de la amenaza de la deshonra y del más terrible de los estigmas. El asedio a la virtud que practican los varones de todas las épocas, se constituye en juego viril que pone a prueba su poder sobre ellas, y ejercita una modalidad de “violencia simbólica” (Bourdieu 2000) que actualiza la relación de dominación-sujeción.

Entretanto, la situación de Cristina no podía ser más alentadora: gozaba de la confianza y simpatía de las autoridades del canal, ocupaba un lugar muy destacado en la flamante “pantalla chica”, era atractiva, desarrollaba destrezas de comunicadora de TV en un terreno donde todo era innovación, exploración, aventura. En tales circunstancias, es fácil de imaginar una exposición muy alta a la competencia y a la envidia de colegas varones que veían agigantarse la osada figura de aquella joven mujer. Era necesario neutralizarlos sin que se sintieran humillados, había que desmontar eventuales guerras personales que sólo podían ser dolorosas y desgastantes. Y todo eso debía hacerse sin renuncias personales, sin menoscabo de sus conquistas profesionales.

“Donde hay poder hay resistencia”, fundamenta largamente Michel Foucault (1977:57). Seguramente de modo más intuitivo que reflexivo, la vital

presentadora de “Las noches brillantes de Angenscheidt” ponía en actos esta resistencia a la hegemonía masculina, desplegando estrategias de relacionamiento a un tiempo delicadas y firmes.

...no les di la oportunidad de desplazarme o de que se sintieran molestos con esta mujer que iba calando... ¡que los iba dejando al costado! Yo no tengo la culpa si ellos no tenían condiciones, parecía que yo las tenía... Entonces me hice amiga. Tenés que hacerte amiga del adversario, y yo me hice amiga de los hombres... Confiaban en mí, porque yo trataba con ellos de no perder mi forma femenina, muy femenina, pero ir buscando la vuelta para adaptarme a ellos. Es tan difícil de explicar esto...

Las palabras reproducidas en las dos primeras líneas denotan ese movimiento doble en equilibrio frágil, sometido a una constante renegociación: si por una parte había que defender el lugar conquistado, esto tenía que hacerse con mucho cuidado. Cuando la entrevistada rememora “no les di oportunidad para desplazarme”, evoca su firme voluntad de permanecer, de consolidar posiciones, de ganarse un lugar y un reconocimiento. Esa voluntad, esa fuerte convicción, producía en ella otra certidumbre: había que evitar a toda costa que su notorio éxito profesional fuera vivido por los colegas como una pérdida o reducción de sus prerrogativas. Se trataba de adversarios potencialmente peligrosos con los que se encontraba en competencia. En conciencia de que su desempeño suponía inevitablemente “dejarlos al costado”, resultaba imperativo minimizar la herida personal; si prosperaba la sensación de afrenta humillante proveniente de una mujer, ello podía dar lugar a un clima de trabajo frío y hostil, y aun a situaciones de hostigamiento. El camino que escoge intuitivamente la joven comunicadora en ascenso, es el de hacerse “amiga de los hombres”. Sentía que debía conquistar su confianza para así lograr que depusieran cualquier animadversión propiamente machista, en la acepción del término que recogemos de la investigadora mexicana Marina Castañeda: “el macho siempre vigila, siempre está pendiente de detectar cualquier mirada o palabra que no sea debidamente deferencial o respetuosa hacia su persona. El machismo es, en este sentido, una postura defensiva: el macho tiene que estar todo el tiempo en guardia, centinela permanente que jamás es relevado” (2007).

Detengámonos un instante, en un episodio cargado de significación que precedió a los comienzos de Cristina en la TV. Tiempo atrás, en la radio, un

operador de sonido particularmente malhumorado no cesaba de ponerle palos en las ruedas. La joven Cristina tomó el toro por los cuernos; hoy recuerda haberle dicho, palabras más palabras menos: “Respetame, dejame mis derechos, y vos seguí en lo tuyo ¡que yo no te voy a quitar nada!” Desde entonces las cosas cambiaron sustancialmente. Nunca llegaron a ser buenos amigos, pero de allí en más mantuvieron relaciones correctas y de mutuo respeto, que en definitiva era lo que Cristina pretendía.

El relato del incidente denota una seguridad en sí misma y una firmeza de carácter singulares; estos atributos contribuyen a explicar en buena medida su capacidad para hacerse un lugar como comunicadora, a despecho del considerable *handicap* que representaba en esa época su condición femenina. Otra mujer que no contara con similares dotes personales de seguridad y firmeza, ¿hubiera podido sortear los desafíos y obstáculos “naturales” que aquel escenario social presentaba en términos de asimetrías de género? La pregunta, claro está, es retórica: sólo admite una respuesta negativa. Pero nos sirve para poner de relieve precisamente una constatación que -esperamos- va emergiendo de este relato: el trayecto profesional de esta joven al promediar el siglo XX, en un micromundo casi completamente masculinizado, resulta de un concurso de circunstancias excepcionales.

La entrevistada da cuenta de tales circunstancias con desenvoltura y sin falsos pudores, tal vez porque perciba que, en retrospectiva, le tocó estar en el momento y lugar adecuados para que las cosas sucedieran: “alguien tiene que abrir camino: bueno, a mí me tocó hacerlo, y lo hice encantada”. Agrega luego: “Y me gusta cuando las mujeres me dicen ‘gracias a vos estamos’. No es gracias a mí, gracias a la situación que se fue dando, y al poder meterte... Yo no le hacía asco a nada, ¿viste? Adonde había que ir, yo iba”. A continuación daremos cuenta de unos pocos episodios que ilustran muy bien esta actitud decidida y aun arrostrada de quien ya había conquistado por entonces un merecido estatuto de profesional de la noticia.

El 9 de febrero de 1973, en los prolegómenos del golpe de Estado que tendría lugar tres meses más tarde, los fusileros navales de la Armada ocupaban la Ciudad Vieja interrumpiendo el tránsito con barricadas; el Puerto, la Aduana, el Correo, los Juzgados, los Ministerios de Ganadería y de Defensa, quedaban

aislados del resto de la ciudad. “Yo fui a encararme con ellos, y no me dejaron pasar”, cuenta Cristina. No tenía más remedio que acatar; sin embargo, no se resignó a perder la oportunidad de registrar aquel episodio cargado de tensión política. Fue con su camarógrafo hasta un edificio próximo a la Aduana, tocaron timbre solicitando acceder a uno de los apartamentos superiores: “lo que quería era la imagen de la Ciudad Vieja vacía, *no había nada, no había nadie, no había actividad*”. Debieron aplacar los miedos muy comprensibles de la señora que les abrió su puerta; se escondieron entre las cortinas de una ventana para así camuflar la lente, que a la distancia podía parecer un arma, e hicieron desde allí la toma que querían.

El siguiente relato también da cuenta de esa actitud decidida y arrostrada que venimos tematizando. El director del canal tenía por norma redactar él mismo las preguntas a ser formuladas en las compulsas callejeras que debían realizar los noteros, y así lo hacía también con Cristina. Pero un buen día, ella le hizo saber a su jefe que podía prescindir del “papelito” de rigor, que se las podía arreglar por sus propios medios. Años más tarde, alentaba con estas palabras a una de las mujeres de la segunda generación de comunicadoras destacadas: “nena, tirá eso, ¡basta de papelitos!”

En los turbulentos años que precedieron al golpe de Estado de junio de 1973, el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) había montado un escondrijo clandestino ubicado en la calle Paullier 1190 y que llamaron “Cárcel del Pueblo”. El grupo guerrillero secuestró y mantuvo reclusos allí a personajes públicos tales como el embajador británico de la época, el presidente de UTE Ulises Pereyra Reverbel, el ministro de Ganadería Carlos Frick Davies. En mayo de 1972 es descubierta por los militares. A las seis de la mañana, el director del canal llama a Cristina para anunciarle la noticia e instarla a desplazarse hasta el lugar para cubrir tan importante evento. Su hija de seis años estaba engripada, pero Cristina no dudó un solo segundo: “la envolví en una frazada y me fui para el canal, la instalé en Prensa con los compañeros que quedaban ahí”. El matrimonio con su padre había durado menos de dos años, por lo que ella estaba a cargo exclusivo de la niña desde sus primeros meses de vida. En la ocasión, no contaba siquiera con la ayuda de su madre, fallecida meses atrás. Era, obviamente, la única mujer en el grupo

de periodistas que se agolpaba en el lugar, forcejeando por la primicia en la cobertura de aquella impactante noticia. Esto ocurría durante el “Estado de Guerra interno” legitimado por el Parlamento con los votos de ambos partidos tradicionales, y que otorgaba amplias libertades al poder militar en la persecución de los militantes tupamaros. “El que bajaba primero a la Cárcel del Pueblo era el que iba a tener la novedad”, relata Cristina; y la televisión tenía que estar primero: esa era su convicción; “ahí tuve que luchar en serio contra los colegas de otros medios, porque todos querían pasar primero”. Recuerda que tuvo un fuerte altercado con un periodista radial, a quien le enrostró: “¿Sabés una cosa? No me vas a llevar por delante porque soy mujer: te llevo por delante a vos y te tiro por ese pozo”. Consiguió entrar con su camarógrafo y cubrir el evento tal como se había propuesto hacer.

¿Cómo fue recibida su maternidad, cuando ya llevaba cinco o seis años en la TV? “Quedé embarazada, y estaba radiante por supuesto, y seguí trabajando todo el tiempo; pero en esa época, las mujeres cubríamos nuestra panza con mucho pudor, había vestidos especiales para embarazada”, relata Cristina. “Ya tenía mi lugar ganado, sólido, los compañeros y los jefes estaban a muerte conmigo”. Sentía contar con todo el apoyo de la dirección del Canal. “Los compañeros todos querían que fuera varón, pero se embromaron porque fue nena, que era lo que yo quería”.

Las peculiaridades de su trabajo hacían que estuviera casi continuamente entrando y saliendo, desplazándose por la ciudad, a diferencia de la jornada laboral tradicional que involucra ocho o más horas de presencia en un lugar fijo. Esto -reflexiona hoy a la distancia- representó cierta ventaja en lo tocante a sus responsabilidades de maternidad; veía más asiduamente a su hija, entre vuelta y vuelta podía permitirse rápidas incursiones a su casa: “Yo estaba cerca de ella de todos modos: tenía la independencia de locomoción, tenía mi auto, y en casa siempre la esperé para la hora del almuerzo, ella creció con el olor a comida de mamá”. Reconoce que fue difícil, pero se había propuesto que la pequeña debía tener a su mamá todos los días: “haciéndole de comer, controlando los deberes, controlando los estudios, a ver con quién estaba, con quién no estaba...”

Por otra parte, durante los siete primeros años de vida de Carmen, podían contar con la abuela materna para ocuparse de la niña siempre que fuera necesario. Cuando faltó la abuela, Cristina tuvo la suerte de encontrar a una mujer que se había adiestrado en la Asociación Cristiana de Jóvenes para el cuidado de niños y ancianos; por cuatro años, constituyó un auxilio invalorable. “Esto fue hasta los 11 años de Carmencita, que decretó que iba a ser libre, y decretó no quiero que venga más Victoria, yo manejo la casa”. Cristina respetó la decisión de su hija, y desde entonces prescindieron de los servicios de la samaritana (así se denominaba a aquellas mujeres que hacían la formación en la ACJ). La anécdota, lejos de ser menor, trasunta claramente una educación preocupada por el aprendizaje de la autonomía, por el desarrollo del sentido de la responsabilidad y la independencia. Cristina había querido una hija mujer, y le transmitía aquellos valores de seguridad en sí misma y confianza en la vida que ella misma había aprendido en su hogar; valores que había sabido potenciar siendo aun una adolescente, en sus inicios como comunicadora.

En primer año de liceo, la hija se llevó todas las materias a examen... ¡“Y yo me iba a Europa, mi primer viaje a Europa trabajando!” Le comunicó a su hija con mucha firmeza, que no pensaba perderse ese viaje porque ella tuviera que estudiar. Le pagó una academia, conminándola de un modo que no admitía réplica: “yo voy a estar llamando, y vos tenés que salvar, no hay tu tía acá ¿eh?” Así fue, Cristina la llamaba regularmente. Y la adolescente salvó todos sus exámenes. Reflexiona Cristina: “para mí es muy importante que los hijos estén compenetrados de esa actitud de la madre, de ese meter para adelante... marcar su camino de vida. Y yo estoy muy contenta con lo que hice con mi hija, porque respondió como los dioses”. Reconoce que no fue fácil, que muy a menudo tuvo que hacer “de tripas corazón” y poner el freno, poner límites: “yo creo en los límites en todo: en los grandes, en los chicos, ¡límites por favor...! (...) Y cuando tenés que hacer de padre y madre, poner límites te duele, pero tenés que pasar por sobre ese dolor”.

Le hemos preguntado a nuestra entrevistada si en algún momento se había sentido discriminada por razones de género, por su condición de mujer. El intercambio ya estaba bastante avanzado como para presentir que, en caso afirmativo, seguramente Cristina había sabido eludir con elegancia cualquier

situación incómoda, y llegado el caso, plantarse con firmeza sin dejarse avasallar. Pero su respuesta -muy rápida y sin pausa dubitativa alguna- nos colocó de nuevo ante una persona muy lúcida, muy consciente del lugar relacional por ella ocupado: “era muy necesaria como para ser discriminada”, y agrega de inmediato “me hice necesaria”. Lejos de atribuir su destino al azar, a la suerte o al mero concurso de circunstancias exógenas, la joven comunicadora en ciernes *sabía* que debía construir su propio espacio y que para ello era necesario poner en obra toda su voluntad e inteligencia: desplegando destrezas que descubría y elaboraba en la marcha, haciendo valer atributos como la voz y el aspecto físico notoriamente apreciados en aquel medio, poniendo al mal tiempo buena cara, exhibiendo un buen ánimo incesante que cargaba las pilas de una voluntad a toda prueba.

Como hemos visto, esa impronta de osadía y de decisiones rápidas, esa actitud emprendedora y segura de sí, características hasta entonces virtualmente privativas de los hombres, se erigía en factor de legitimación de una mujer ante sus responsables masculinos.

El trayecto de Cristina resulta de la confluencia de circunstancias excepcionales. Sin ellas, no podría concebirse el ascenso meteórico de la joven comunicadora desde mediados del siglo pasado, sola en medio de un océano masculino, en una sociedad acusadamente androcéntrica. Dotada de una energía incansable, amalgama tenacidad con optimismo, simpatía con determinación, adaptabilidad con firmeza de carácter. La brecha por ella abierta no cesaría de ampliarse a lo largo del último cuarto del siglo XX para sucesivas generaciones de mujeres profesionales de la comunicación.

Examinaremos renglón seguido las peripecias socio-profesionales de Ana María. Veinte años menor que Cristina, periodista/comunicadora de dotes singulares que ha cultivado desde pequeña, se beneficia de las conquistas de su predecesora sin dejar de ser ella también una pionera, una exploradora de territorios que permanecían reservados para los hombres.

Ana María

En su retrospectiva con vistas a explicitar las circunstancias que la llevaron tempranamente a seguir la profesión de comunicadora, Ana María hace una

precisión importante: en su juventud, se hablaba de “periodista” y no de “comunicador”. A su criterio, esta última actividad remite al acto de comunicar en un sentido más bien instrumental: la locución radial, la transmisión de avisos y de comerciales, entretenimiento, ficción, mensajes de todo tipo. En cambio, “periodismo” involucra investigación en base a la observación orientada por una hipótesis, es labor de contextualización de los datos recogidos en la investigación, es categorización y estructuración de la información colectada. Luego, la tarea de comunicación completaría el trabajo con la transmisión a cierto(s) público(s) de los resultados alcanzados. Esta neta distinción entre periodismo y comunicación que expresa la entrevistada, da sentido a esta manifestación suya: “yo supe que quería ser *periodista* y no comunicadora”.

Recuerda que esto tuvo lugar tan tempranamente como a los cinco años de edad, en medio del campo, donde el vecino más cercano se encontraba a unos cinco kilómetros de distancia. Ana María iba a la escuela rural a caballo, y su padre escuchaba todos los días el programa radial de Omar de Feo. La niña, muy impresionada por esa voz tan potente y convincente, preguntaba a su papá “cómo se sabía todo lo que él decía”, cómo se hacía para saber tanto. Ana María escucha la radio todavía hoy en día en aquel viejo aparato Metrotone, que en su infancia se alimentaba de corriente continua generada por un molino de viento.

De muy pequeña, le gustaba jugar a ser maestra. Sus alumnos los árboles, oficiaban de mudos testigos de aquel ejercicio verbal que la niña desplegaba con pasión. Era también una manera de hacer suya aquella locución radial que despertaba todo su interés y admiración. Esta doble función de maestra y locutora trasluce muy bien una concepción de periodismo que se abrió paso con nitidez en el entendimiento de la niña, y que tomaría forma aún más definida luego, en su adolescencia y juventud. Periodismo fronterizo con la práctica educativa, o mejor, imbricado con ésta de modo inseparable; una noción que inviste la interlocución de un sesgo definitivamente pedagógico, basado en saberes emergentes de la propia práctica de investigación periodística. De aquí puede desprenderse ese solapamiento de vocaciones o inclinaciones que -como veremos a continuación- pudo haber asumido esta

forma interrogativa: ¿quiero ser maestra, o periodista, o maestra-periodista, o periodista-maestra...?

Ana María tuvo en las personas de sus padres, a tutores sensibles y atentos a sus inclinaciones; viéndola hacer, hablaron con el maestro de la escuela rural y le contaron de las performances de su hijita. El maestro propuso hacerle un lugar en las fiestas escolares para recitar poemas. Y así se hizo; “fue mi primera actuación en público, a los cuatro o cinco años”.

Algo más grande, los días de lluvia, se encerraba en su dormitorio para leer en voz alta, dirigiéndose a un público imaginario. Los libros infantiles de que disponía eran contados, no recuerda más que *Caperucita Roja* y *Tragapatos*, ambos ejemplares regalados por sus tías; la mayor parte de sus lecturas fueron tomadas de libros de adultos. A los siete u ocho años leía la Biblia y Manrique, buceaba en una colección de libros muy grandes, encuadernados en cuero, “que pesaban una tonelada”, y que habían sido legados por sus abuelos o tal vez sus bisabuelos paternos. Figuraba entre otros títulos, uno especialmente impactante y que acicateaba en ella una curiosidad insaciable: *La naturaleza y el hombre*, un texto de más de 800 páginas, donde recuerda haber devorado con pasión la historia de los egipcios, de los palestinos y de los nómades, la historia de los presidentes americanos, la vida de los esquimales y un largo etcétera. Su padre se había criado en una familia que alentaba el gusto por la cultura, el estudio y la educación formal. Es así que transmitió a sus hijos -Ana María y sus dos hermanos- ese afán de crecimiento personal y de progreso que signa al Uruguay de comienzos y mediados del siglo XX (ambos hermanos son profesionales universitarios). “De niña, no tenía muchos juguetes, mi disfrute era salir a cabalgar por el campo; pero lo que más me gustaba era hablar, y jugar a la maestra”. Notemos aquí, de nuevo, esta particular imbricación entre saber, comunicar y enseñar, que se abría paso en la cabeza de la joven Ana María.

Hizo los primeros años de liceo en la capital departamental, a mediados de los años sesenta. Por entonces, la Asociación de Estudiantes editaba un pequeño diario. “Yo empecé a escribir, y era la líder del diarito, y entonces empecé a ver que lo que me gustaba era eso: hacer periodismo, buscar noticias”. Pero le parecía un sueño poco menos que irrealizable, muy fuera de su alcance. En

cuarto año, el profesor de literatura pautó un trabajo cuyo título era “Si el mundo estuviera en mis manos ¿qué haría?” Ana María recuerda que todos los trabajos fueron calificados, excepto el suyo; el profesor se lo devolvió con este sucinto comentario: “¿Por qué no lo publicas? Tienes alma de periodista”. Animada por tal sugerencia, presentó su escrito al diario local, que accedió a publicarlo. “Fue impresionante, porque todo el mundo en la ciudad me paraba, me felicitaba”. Su trabajo trataba de la guerra en Biafra, de la situación social en el Uruguay, y de otros temas de actualidad.

En Preparatorios⁴, la adolescente comunica a sus padres que quiere hacer periodismo y psicología. Esto suponía necesariamente trasladarse a la capital, y los padres no recibieron con mucho entusiasmo tal proyecto. Probablemente pesara en sus progenitores la atmósfera social de una época en que tal emprendimiento no se veía muy apropiado para una joven; y aún cuando ellos no lo vieran así necesariamente, sí lo harían muchas personas en su entorno. El caso es que su padre le sugirió que hiciera Magisterio, dada su declarada inclinación por la docencia. Además -o tal vez sobre todo- podría así continuar sus estudios sin tener que alejarse del hogar. Cuarenta y cinco años atrás, el desplazamiento de una joven de 18 años de una ciudad del interior a la capital aun tenía visos de aventura. Ciertamente: los medios de transporte interdepartamental habían mejorado mucho en los años precedentes, desde que la empresa ONDA (Organización Nacional de Autobuses) gozaba de un virtual monopolio de los grandes recorridos a lo largo y a lo ancho del país. Los uruguayos “se tomaban la ONDA” para ir a cualquier parte, al punto de que no pocos la tenían por empresa pública. Las pequeñas compañías locales de transporte carretero, con vehículos viejos y menos confortables, cubrían recorridos secundarios y poco rentables para el gigante del quilómetro cero de Montevideo⁵.

Tengamos presente que en los años '60 y '70 la distancia geográfica suponía una drástica reducción de las posibilidades reales de comunicación entre las personas: no había internet ni fax ni correo electrónico ni celulares, el teléfono fijo era todavía un privilegio usufructuado por una minoría de uruguayos de

⁴ Actualmente 5° y 6° años del Bachillerato.

⁵ La agencia capitalina de la ONDA ocupaba el local que usufructúa actualmente el Bar Tribunales, en la rinconada de la Plaza Cagancha y frente a la sede central del Poder Judicial.

capas medias y altas, las llamadas interdepartamentales eran caras (por otra parte, en casa de Ana María no había teléfono). El telegrama se reservaba para las comunicaciones urgentes: unas pocas palabras impresas -se cobraba por cantidad de caracteres- que llegaban en el día al destinatario. Así, para muchos de los que migraban del interior a la capital, lejos de sus familias, la vía de comunicación regular seguía siendo la correspondencia escrita, como lo había sido en la época de sus padres, de sus abuelos, de sus bisabuelos. Y como es sabido, el correo está lejos de constituir una comunicación instantánea: por entonces, como ahora, las cartas demoraban unos días en llegar a manos del destinatario. En este sentido -y salvando el teléfono, que como queda dicho, aun no estaba generalizado- las comunicaciones a distancia en esa época se encontraban mucho más próximas del siglo XIX que de la actualidad. Tales circunstancias hacían que un desplazamiento de apenas doscientos kilómetros impactara en la vida personal al modo de un largo viaje.

A todo esto debemos agregar la condición de género como limitante que pesaba singularmente sobre las jóvenes. La sociedad uruguaya de entonces se encontraba todavía parcialmente anclada en la era victoriana que la había precedido, y que vedaba a las mujeres toda autonomía respecto de sus esposos, padres u otros tutores. La generación de adultos mayores -con excepciones claro está- era portadora de una concepción de “la moral y las buenas costumbres” que ya comenzaba a ser cuestionada, pero que gravitaba aun sobre sus hijos y nietos. Ya no tenía la fuerza de mandato imperativo que había caracterizado la atmósfera social de los padres de Ana María. Sin embargo, ciertas formas sutiles de autocensura inducidas por la mera co-presencia de los “grandes”, aun persistirían mucho más allá de las condiciones sociales que las habían engendrado. Toda época es -en algún sentido- transicional: las convicciones y valores que acunaron a las generaciones pretéritas, proyectan *todavía* un cono de sombra sobre un presente en movimiento que ya preanuncia remociones culturales más o menos importantes.

Su mamá le decía “estás loca, qué vas a hacer sola en Montevideo”, aunque también le dijo que no se opondría si esa era realmente su voluntad. Aun hoy

recuerda con mucha emoción y cariño las palabras de su padre: “el verdadero amor es la libertad, por tanto, si tú quieres irte a estudiar, vas a tener mi apoyo”. En suma, Ana María podía contar con el apoyo de sus padres, lo que trasuntaba confianza en la hija así como comprensión y respeto por su crecimiento personal. No hay modo de “medir” el peso que pudo tener esta actitud de cariño maduro y generoso, en el itinerario de vida que seguiría la joven. Pero es claro que el contexto familiar de Ana María contribuyó sustancialmente a neutralizar los costos sociales de su opción de vida. Asimismo, la actitud de sus tutores debió transmitirle una seguridad en sí misma que necesitaría como el agua para vencer las resistencias supervinientes en su trayecto profesional.

La joven emprendedora concretaba finalmente su propósito, y en 1972 se fue a Montevideo, donde debió alojarse en una modesta pensión. Un duro revés económico había arruinado el establecimiento rural explotado por su familia, por lo que el apoyo financiero proveniente del hogar era mínimo. Pero seguía contando con la buena estrella familiar: una tía paterna, profesora de Literatura y Directora de un liceo, le ofreció pagarle un curso privado de periodismo en la única institución que ofrecía estudios de esta naturaleza; la mayor parte de los periodistas en actividad había aprendido su oficio de modo muy empírico, en la propia práctica comunicacional. El curso duró dos años; tuvo como docentes a numerosos periodistas relevantes de los medios audiovisuales, radiales y escritos. La monografía final consistió en un estudio de la industria lechera en Colonia Suiza; fue puesta en cartelera como referencia de un buen trabajo periodístico.

Un renombrado periodista de TV se presentó a la Academia para solicitar la apertura de un concurso con vistas a seleccionar dos estudiantes para escribir en la revista “Frigoríficos” de la Cámara de la Industria Frigorífica. La Academia seleccionó a diez estudiantes, entre los que estaba Ana María; el resto eran todos varones. Quedó seleccionada junto a otro (actualmente, un connotado periodista radial). Fueron sus comienzos profesionales; escribió sobre la exposición rural, el cuidado de la carne para la exportación, la cría de cerdos y conejos, el Plan Agropecuario, entre otros temas. “Y como yo me había criado

en el campo, no tenía muchas dificultades para entender en la materia; y ahí le empecé a tomar el saborcito a la labor periodística”, comenta la entrevistada.

En coincidencia con la finalización de sus estudios en la Academia, se inauguraba el canal de TV en la ciudad donde había hecho el liceo: “una cámara chiquita, un micrófono y una silla era toda la infraestructura”. Ella viajaba regularmente para ver a sus padres, quienes entretanto se habían trasladado definitivamente a la ciudad. En cierta ocasión se presentó ante los dueños del canal haciéndoles saber que había terminado su curso de periodismo, y que si no veían inconveniente, ella les presentaría un proyecto de programa local para hacerlo los sábados en la noche. Agregó que no pedía remuneración, sino un viático para solventar sus desplazamientos desde Montevideo. La propuesta fue aceptada, y se puso a trabajar de inmediato: viajaba el viernes de noche, en la mañana del sábado preparaba el programa y hacía los contactos, y en la noche se emitía el programa en vivo (la cinta de video no estaba aun disponible). “Fue una experiencia formidable”, relata la entrevistada con mucho entusiasmo retrospectivo: “se empezó a decir en la ciudad que mi programa era una rueda de mate, porque había que compartir el micrófono entre los invitados”. La exitosa experiencia dio lugar a que fuera invitada por la radio local a realizar un programa junto a otra periodista; “iba los domingos, duraba dos o tres horas, charlábamos con la gente, fue muy divertido; yo no ganaba un peso, pero estaba fascinada”.

Poco tiempo más tarde, el Club Social de la ciudad organizaba un Simposio llamado “Uruguay en el siglo XXI”, presidido por la doctora Adela Reta, por entonces presidenta del Consejo del Niño (hoy INAU). Corría 1975, denominado “Año de la Orientalidad” por la dictadura. Se hicieron presentes numerosas personalidades políticas de esos años, y toda la prensa oral, audiovisual y escrita nacional había destacado periodistas para la cobertura del evento. Por su parte, el canal local encomendó la tarea a Ana María. A su vuelta a Montevideo, coincide en el ómnibus con un connotado periodista de radio y TV, que también había estado trabajando en el Simposio. Trabaron conversación, y el periodista le hizo saber que había estado observando su trabajo durante el evento: “vi cómo te desempeñabas, cómo buscabas la información, con qué alegría y con qué entrega lo hacés”, fueron

aproximadamente las palabras que recuerda hoy la entrevistada. Le dijo que tenía intenciones de incorporar a una mujer en su programa radial, y la invitó a visitar la emisora montevideana para hablar del asunto.

Ana María quedó muy animada con la perspectiva. Compartió con su familia lo sucedido, y obtuvo de ellos el apoyo inmediato y entusiasta, ¡no era cuestión de dejar pasar semejante oportunidad! Pero pasado el primer momento de euforia, a la joven debutante se le presentaron en tropel todas las dudas e inseguridades. La fuente de incomodidad más importante tenía que ver muy precisamente con su condición de joven mujer: “el ambiente era bastante acosador con las mujeres, de manera que me asusté, dejé pasar un tiempo”, nos confiesa. ¿Qué querría realmente este señor, cómo estar segura de su transparencia, de la honestidad de su propuesta...? “Yo ya era una señorita, no había mujeres en radio...”

Finalmente, y ante la insistencia de su familia, se dispuso a dominar sus miedos sin por ello abandonar una actitud vigilante, cautelosa, y se presentó. Fue muy bien recibida por los jefes de sección de la radio; “se trataba de la radio estrella de la época, y del periodista número uno de la misma”, cuenta Ana María. Comenzaron por hacerle una prueba de voz; la hicieron pasar a una cabina y le dieron noticias para leer. “Me hicieron ir muchas veces y me hicieron muchas pruebas, al punto que yo estaba media decepcionada, ¿hasta cuándo las pruebas...?” Hasta que, un buen día, le propusieron cubrirle los viáticos, asignarle un grabador, y enviarla a hacer notas que luego saldrían al aire en el programa periodístico más importante de la emisora. “Era como las pasantías de hoy, sin sueldo”, acota la entrevistada. En suma, la calidad de su trabajo se encontraría bajo examen incesante. Es que para ellas, “... al contrario de lo que ocurre con sus colegas varones, su capacidad nunca se da por supuesta” (Instituto Nacional de la Mujeres 2005, p.10).

En los inicios, dejaron librada a la iniciativa de la joven la búsqueda de noticias de interés y la confección de la nota correspondiente. “Recuerdo que les gustó mucho una nota que ofrecí: mostraba qué carreras tenía UTU en aquel momento”. También la mandaban a conferencias de prensa, y allá iba con aquel enorme grabador: “todo el mundo me miraba como sapo de otro pozo, te podrás imaginar”, dado que era invariablemente la única mujer en un mar de

hombres. Debe hacerse un esfuerzo mental para recomponer aquellos espacios públicos profesionales imperantes hace cuatro décadas, “naturalizados” por el hábito, por lo obvio, por una aceptación social sin fisuras: “las pocas mujeres periodistas se ocupaban de moda, del horóscopo o de arte, con la excepción de Cristina Morán en la televisión”, recuerda Ana María.

Se acercaba el día internacional de la mujer. Su jefe le comunicó: “si llegás a conseguir una nota con la primera dama⁶ entrás a la radio”. Y la joven periodista se las arregló para conseguir la nota con la esposa del dictador. Fue recibida por ella en la residencia de Suárez, y le hizo la nota. De vuelta a la radio, sus responsables no lo podían creer. Es así que Ana María entró en la radio, y fue incorporada de inmediato al informativo del mediodía. Significativamente, el primer día, el periodista responsable del informativo dedicó la editorial para presentarla. Anunció que por primera vez en la radiotelefonía uruguaya aparecía una voz femenina que no se ocuparía del horóscopo ni de recetas de cocina ni tampoco hablaría de moda, sino que leería las noticias. Ana María recuerda todavía muy bien sus primeras palabras al aire: “Líbano, cable de Reuter...”

Notemos la solemnidad con que esta iniciación es ambientada por quien ya es un profesional consagrado ante el público, y que en tal condición, representa simbólicamente al poder masculino en la emisora. La presentación de una colega mujer ante los radioescuchas *reclama imperativamente* una ceremonia que, en el acto de darle la bienvenida, subraya el carácter excepcional del acontecimiento. A primera vista, ese ritual se presenta como obvio, casi anodino: se trata de una nueva voz, y *sobre todo*, de la voz de una mujer, algo que por extraordinario reclama explicación. Pero subyace aquí otro mensaje: esta singular situación necesita ser justificada, el público debe sentir que el varón sigue al mando. Hagamos un ejercicio de imaginación, caricaturizando la situación para una mayor claridad del punto; digamos que si este mensaje hubiera adoptado un lenguaje descarnado, con todas las palabras, bien podría haber sonado así:

Oirán a continuación una voz femenina. Pero no hay de qué inquietarse: no es este un salto al vacío ni una aventura temeraria. Nosotros, hombres de probada

⁶ Se trataba de Sofía Herrán Puig, esposa del golpista Juan María Bordaberry

profesionalidad, hemos testado fehacientemente su idoneidad por medio de múltiples y variadas pruebas; dada la índole de esta labor -masculina por antonomasia- debíamos estar seguros de no cometer un error. Pero entiéndase bien: muy lejos de nuestro ánimo ha estado la voluntad de ensañarnos con la joven postulante; antes bien, debe verse en esto una muestra de responsabilidad que ella misma nos agradecerá, y que reafirma ante los escuchas el compromiso de seriedad y calidad que nos caracteriza.

Nada de esto impedía, claro está, que Ana María sintiera estar tocando el cielo con las manos; su entusiasmo no tenía límite, era como si se hubiera estado preparando toda su vida para aquel momento fulgurante. Se volvían realidad aquellos sueños cuyas primeras manifestaciones la retrotraían a la más tierna infancia, cuando le hablaba a los árboles, cuando leía en voz alta a un público imaginario, enclaustrada en su habitación. Podía decirse a sí misma que *ahora sí por fin* entraba al mundo periodístico por la puerta grande.

Aquella puerta grande que por fin se había abierto para ella luego de tantos filtros y al cabo de haber sido examinada del derecho y del revés, se cerró brutalmente estrellándose contra su cara. Ana María fue despedida de la emisora de la noche a la mañana. “Nunca lo dije, porque no tengo pruebas del acoso sexual, pero sobre todo porque hablar de eso en aquellos años... ¿quién te iba a defender, en aquel mundo de hombres?” La situación no pudo ser más estereotipada: la joven periodista no accedió a los intentos de seducción de alguien con cierto poder en la empresa, y un buen día se le comunicó que estaba despedida; “eso fue al mes de que yo le había pegado un empujón contra la pared al señor”.

Se empleó en el Departamento de Prensa de otra emisora, también pudo incorporarse a un programa ya existente, y simultáneamente ingresó a una FM. En esta última hizo una propuesta de programa periodístico que fue aceptado; fue el primero de su género en frecuencia modulada, y cosechó un gran éxito. Entre otras cosas Ana María entrevistó a todos los candidatos que se presentaban a las elecciones de noviembre de 1984, a la salida de la dictadura. La emisora le propuso hacerse cargo de la puesta a punto de un Departamento de noticias, que fue también el primero de su tipo en FM en nuestro país; “a cada hora dábamos los titulares”.

Las cosas rodaban bastante bien, a medida que se espaciaba en el tiempo aquel doloroso y frustrante revés. Sin embargo, al cabo de cierto tiempo Ana María sentía que su labor periodística en la radio había llegado a un tope: “era siempre lo mismo, ya no tenía creatividad mi trabajo”. Por un momento, acarició la idea de irse al exterior; tenía muchos amigos y conocidos en México, pensaba que en aquel país podría abrir nuevos horizontes. Estaba recorriendo agencias de viaje y evaluando distintas alternativas, cuando se topó en la calle con Cristina Morán. Una vez la puso al corriente de sus planes, Cristina le pidió que no se fuera, y en tono de adelanto confidencial, le hizo saber que pronto se abriría un concurso para la TV al que debía presentarse.

Efectivamente dicho concurso vio luz pública, y Ana María presentó su currículum aunque sin hacerse mayores expectativas. La llamaron para comunicarle que había sido preseleccionada para empezar a concursar. “Con esa noticia me voy a México, pero a pasear, aunque mis amigos querían que me quedara”. Volvió de su viaje con el firme propósito de concursar. Se decía secretamente a sí misma: “voy a hacer periodismo en TV”. El concurso se extendió a lo largo de todo el año 1980; los postulantes debían presentar trabajos periodísticos que eran efectivamente emitidos por el canal. Ana María hizo un trabajo titulado “Causas y consecuencias de los accidentes de tránsito”. Recuerda muy bien haber sostenido en ese informe, que una urgencia necesaria era educar en las escuelas. “Todavía hoy se está hablando de esto en nuestro país, treinta años más tarde... de nuevo lo que hablábamos hace un rato: el letargo uruguayo”, lamenta la entrevistada. El tema de otro trabajo presentado por Ana María, se tituló “Alienación o no con las máquinas de juegos”; en aquellos años se vivía el *boom* de los videojuegos, la Avenida 18 de Julio estaba atestada de locales siempre llenos de adolescentes y jóvenes. Recuerda igualmente su tercer trabajo: “Contaminación ambiental en Montevideo”, con centro en la existencia de basurales endémicos en toda la ciudad: “¿estamos o no detenidos en el tiempo?”, nos vuelve a decir la entrevistada. En simultáneo, Cristina Morán le encargó la coordinación de algunas de las ediciones de su programa “Domingos continuados”: conseguir los entrevistados, confirmar su presencia, armarles las preguntas. “Todo eso fue trabajo honorario que duró un año”.

De los 600 postulantes al concurso, fueron preseleccionados 36, de los cuales quedaron 12 en carrera, luego 6, y luego sólo uno de estos últimos quedó fuera. El canal había previsto un único premio, pero en vista de los resultados, decidió duplicar el monto y repartirlo entre los cinco mejores. “Una vez más, yo era la única mujer”, acota Ana María. Fueron incorporados a la plantilla de la empresa en marzo de 1981; la dirección le comunicó a nuestra entrevistada que ingresaba como reportera del noticiero central. “También fui la primera mujer entrando a trabajar como periodista en un informativo central, como reportera y como informativista”. En los comienzos le dieron la información sobre la lotería y la moneda, más algunos copetes de información general. Poco a poco fue ganando mayor relevancia en el equipo de informativistas, hasta que la acreditaron en Casa de Gobierno y le asignaron la exclusividad de las notas políticas.

Eran los últimos años de la dictadura. En 1983, los militares convocaron a representantes de los partidos políticos -a excepción del Frente Amplio- para acordar las condiciones de su retiro del gobierno. Resultó claro desde el comienzo, que procuraban asegurarse un rol de tutela del futuro gobierno democrático. Quien llevaba la voz cantante por los militares en aquellos encuentros que tenían por escenario el Parque Hotel, era el General Rapela, presidente de la Comisión de Asuntos Políticos de las Fuerzas Armadas. En circunstancias en que se desarrollaba uno de estos encuentros, Ana María abordó a este militar: “estaba furioso porque no daba declaraciones a la prensa, pero yo lo seguí, me metí en el ascensor con él y le hice la nota: ahí no podía decirme que no”. También recuerda haber interceptado al dictador Gregorio Alvarez en pleno 18 de Julio para hacerle una nota. “El dueño del canal me daba besos y abrazos porque no podía creer...” La nota, convertida en principal noticia del día, tuvo un gran impacto periodístico. Acota Ana María “pero me salió cara, después recibí amenazas de muerte”.

También cubriría el regreso de Wilson Ferreira Aldunate en junio de 1984, así como el llamado “Pacto del Club Naval” dos meses más tarde, entre los militares y representantes de los partidos Colorado, Frente Amplio y Unión Cívica, que dio forma al retorno del régimen democrático a Uruguay. También se ocupó de las reuniones de la Concertación Nacional Programática que

tuvieron lugar en los últimos meses de ese año, entre otros acontecimientos de ese año clave para la recuperación democrática.

En 1988 nació su primera hija, al cabo de un embarazo de riesgo que la obligó a guardar siete meses de quietud y el obvio alejamiento de la actividad periodística. “Tuve muy claro que iba a cambiar mi vida profesional, pero me di cuenta que yo quería ser madre; era muy linda la televisión, yo amaba mi profesión, pero no iba a hacerme un aborto por seguir mi profesión”. Sentía que se trataba de una elección, ya que *sabía* lo que iría a ocurrir: “en televisión, si no estás, fuiste”.

A despecho de un reconocimiento público que la reconfortaba y llenaba de satisfacción, le tocó vivir horas muy amargas en oportunidad de su reintegro a la actividad profesional. Durante su ausencia y por la vía impune del rumor anónimo, se corrió la voz de que su desaparición de la pantalla durante tantos meses se debía al hecho de que era amante del Presidente de la República, que este era el padre de su hija, y que por ello había sido despedida. “Me calumnian, envenenan mi reputación para matar mi credibilidad y para herir mi moral de la peor manera”, relata Ana María con dolor que la memoria reaviva. Pero los rumores calumniosos no quedaron ahí: también se echó a rodar que en realidad su ausencia era debida a su casamiento secreto con Jorge Batlle, luego con Enrique Iglesias...

Estos incidentes ponen en evidencia la mezquindad que puede anidar en el alma de algunas personas. Precisamente por eso, el lector podría preguntarse por qué darles cabida en esta exposición. Más aun, su mero reporte puede hacerlos acreedores de una relevancia inmerecida; es sabido que el silencio y el olvido suelen ser los mejores antídotos contra la bajeza humana. Pero bastará examinar estos hechos desde una perspectiva que incorpore el género, para justificar este tramo del relato.

La censura social que pesa sobre la sexualidad femenina es impar: no tiene equivalente para los varones. Los hombres de toda época y lugar nos hemos sentido dueños y señores de ellas, en cuerpo y alma; la cultura dominante exige a las mujeres fidelidad total, al tiempo que es mucho más contemplativa con la libertad sexual masculina, en el entendido de que ellos adolecen de “necesidades imperativas” que deben satisfacer. El varón “infiel”, el que “tiene”

muchas mujeres, es festejado, admirado y aun envidiado por sus pares. La mujer que osa comportarse de similar manera, es una zorra, una cualquiera, una puta. Idéntica asimetría pesa sobre la condición de amante, según se trate de un varón o de una mujer. De este modo, la sospecha de “desliz” en la conducta sexual que pese sobre alguien, será motivo de complicidad divertida por parte de sus pares si se trata de un varón, o de escarnio y desprecio por parte de unos y otras si se trata de una mujer. Nos contentaremos con estas pocas líneas para colocar los incidentes referidos en un encuadre que pone de relieve toda su virulencia, su potencialidad corrosiva de la dignidad femenina. La detracción infamante es en este terreno tanto más destructiva, cuanto que apela a fantasías, prejuicios y estereotipos hondamente arraigados en lo aprendido. Una vez lanzado, el rumor será imparable y provocará un daño muy difícil de reparar, porque encuentra en la cultura dominante un suelo fértil donde implantarse y crecer.

La entrevistada hace cuestión en señalar que contó con todo el respaldo de los directivos del canal; uno de ellos fue a verla durante su período de quietud absoluta para manifestarle que el canal era y seguiría siendo su casa. También le dijo que no podían esperarla: un año era mucho tiempo para la televisión, y debían cubrir con otra mujer la vacante involuntaria generada por su embarazo de riesgo. Existía también otra razón muy importante: los demás canales habían seguido rápidamente el ejemplo, y ya estaba instalada en la TV uruguaya la imagen de una dupla masculina-femenina en el informativo central. Ana María podía entender muy bien esto, máxime cuando era claro que la confianza en ella como profesional no sólo no se había opacado sino que era reafirmada con vehemencia por parte de sus jefes.

Ana María fue durante muchos años la única mujer en el equipo de profesionales del canal. Esta circunstancia contribuyó a exacerbar otro aspecto característico de las relaciones desiguales entre géneros: la deferencia paternalista, protectora y afectuosa que a menudo los varones practican como una reafirmación de su poder masculino. Este comportamiento hunde sus lejanas raíces en la noción medieval de “caballero”, término que el Diccionario de la RAE define aún hoy como “hidalgo de calificada nobleza”, “hombre que se porta con nobleza y generosidad”. Integra nuestro lenguaje corriente la

expresión “todo un caballero”, que en boca de una mujer denota halago y reconocimiento al hombre gentil, servicial, respetuoso, discreto y aun delicado en su trato hacia las “damas”. La mujer tratada de ese modo, se siente respetada, protegida y aun querida. La caballerosidad conlleva magnanimidad y altruismo por elección de quien, dada su superioridad “natural”, podría comportarse de otro modo. En consonancia con ello, la dama que agradece la deferencia del “caballero”, reconoce en ese acto el empleo generoso que aquél hace de su poder.

Es obvio, entonces, que esta relación entre “caballero” y “dama” hunde sus raíces históricas en el patriarcado y la supremacía masculina. Sin embargo, de quedarnos en esta sola constatación, le amputaríamos a dicha relación un componente que la acompaña a menudo: un genuino respeto por la otra persona, el reconocimiento de su derecho a la independencia y al libre albedrío. Reconocimiento que, aun tributario del paternalismo y de una visión androcéntrica del mundo, no deja de ser tal. Pensamos que las palabras transcritas a continuación trasuntan con claridad estas sutiles ambivalencias que venimos tematizando:

...Siempre tuve el respeto de todos: de la plana mayor, de todo el canal (...) Los compañeros eran y son como mis hermanos, en el sentido de que, lejos de faltarme al respeto, me cuidaban y me mimaban por el hecho de ser mujer, tanto cuando andábamos en la calle como cuando viajábamos al exterior... Ellos eran mis ‘papás’, porque yo era la nena. Siempre tuve el respeto, el cariño, el cuidado de mis compañeros varones.

Ana María se había conquistado ese respeto, jugando -y ganando- en lides hasta entonces reservadas a los hombres, donde ellos seguían siendo abrumadora mayoría: en la competencia entre 600 postulantes iniciales para entrar al canal, en la creatividad y empeño para lograr ser recibida por la “primera dama”, en la valentía para intervenir en ruedas de prensa siendo la única mujer, en la osadía para generar entrevistas “imposibles” como la del dictador Gregorio Alvarez o la de su adláter el General Rapela. Notemos que creatividad, empeño, valentía y osadía, constituyen otros tantos atributos propios del estereotipo masculino tradicional. En suma, Ana María se ganaba el respeto de sus colegas compitiendo con éxito en ámbitos hasta entonces propios de varones, donde ellos habían ejercido desde siempre un reinado sin

disputa. Agreguemos que junto al respeto de la mayoría de sus pares, la actitud de Ana María también debió concitar celos y envidias; ¿qué otro móvil, si no, pudo impulsar al/los mezquino(s) autor(es) de los rumores arriba consignados?

Tal como ya ha sido indicado, tres décadas atrás el ámbito periodístico era todavía un mar de hombres. En ese contexto, Ana María debía sortear cotidianamente situaciones de acoso en los grados y escenarios más diversos: en la calle, entre colegas, en los ámbitos públicos donde le tocaba trabajar, en los eventos que debía cubrir. A menudo se trataba del típico “lance” socialmente tolerado pero no menos molesto por insistente y reiterado: “siempre el jueguito seductor: ‘qué linda que estás’, ¿‘cuándo vamos a tomar un café’?” Este juego, tonto en el mejor de los casos, siempre fastidioso y no pocas veces agresivo, insume a las mujeres que viven circunstancias similares a las de Ana María, una porción de sus energías y de su atención, muy difícil de evaluar en su justa medida precisamente porque ocurre en la penumbra de la intimidad de cada mujer. Energía extra que se constituye en pesada mochila, en lastre permanente que se debe sobrellevar sin perder el foco de atención principal en los compromisos de trabajo. Había que ser afable y al tiempo guardar la distancia, había que generar empatía evitando parecer “regalada”, había que examinarse a sí misma con la mirada masculina: su atuendo, su mirada, la disposición de sus manos, de sus piernas, de su cuerpo todo. Sabía que cualquier señal equívoca podía ser mal interpretada, que la actitud alerta no debía decaer un solo momento.

“Te tenías que hacer dura y no dejar ninguna puerta”, ilustra nuestra entrevistada. En la práctica cotidiana de periodista mujer, se ve llevada a dosificar con mucho cuidado dos componentes actitudinales en frágil equilibrio, sometidos a constante renegociación: mostrarse “dura”, sin por ello dejar de ser “femenina”. En su desempeño *no puede no ser femenina*. La locución que sigue, muestra a las claras esta “feminidad continentada” que Ana María se ve llevada a poner en escena:

...para desarrollar tu profesión en un mundo de hombres... eehh... no sé si negás tu feminidad, creo que no, porque yo era muy femenina, me cuidaba mucho mi vestimenta, me gustaba vestir bien, me gustaba vestir elegante, jamás me puse un vaquero para salir en televisión, siempre salí de *tailleur*, o pantalón y chaqueta, o pollera y chaqueta...

Notemos el tono algo dubitativo de su reflexión inicial: “eehh... no sé si negás tu feminidad”. En la locución siguiente, los detalles del cuidado de su apariencia muestran a las claras que no hay duda alguna de que “era muy femenina”. La vacilación del comienzo no refiere entonces a la “feminidad”, sino a la “dureza” con que debe acompañar su presentación personal para desmoralizar cualquier intento de asedio masculino.

Para ganar el reconocimiento y el respeto de los hombres en su condición de profesional, debe *ponerse en lugar de ellos*, debe evaluarse a sí misma adoptando la perspectiva de ellos. Y para esto debe recurrir a ciertos rasgos del estereotipo femenino imperante, procurando explotarlos en provecho propio. Se trata de un manejo que exige mucha inteligencia y ponderación. Ana María manifiesta nítida conciencia de ello: “...creo que en ese juego, nosotras las mujeres nos hacemos valer y *nos valemos* de eso” (realzamos en itálica el tono enfático de la entrevistada). Más adelante, nos dice también: “en ese mundo de hombres, también yo sabía usar ese poder de mujer, me valía de él...”

Ilustra muy bien ese juego de empleo defensivo del estereotipo femenino, un incidente ocurrido en circunstancias del abordaje de la joven periodista al dictador Gregorio Alvarez en la vía pública, del que dimos cuenta más arriba. Finalizando la entrevista, el militar le dijo “a usted la próxima vez que me pare en 18 de Julio la mando para adentro”. Esto ocurría en presencia de otros periodistas. Uno de ellos, que conocía muy bien a Ana María, se dirigió al contrariado militar al tiempo que tomaba a Ana María del brazo en muestra de cariño paternal: “pero General... cómo le va a decir eso a estos ojitos... mire estos ojitos...”

Todos los recaudos para prevenir y neutralizar el acoso sexista en sus múltiples manifestaciones y grados, se revelaban insuficientes en algún momento. Ana María hizo por sí misma un aprendizaje que tantas mujeres se ven llevadas a hacer una y otra vez, casi siempre a solas consigo mismas, lidiando a menudo con una culpa y una vergüenza ajenas: entender que la disposición masculina para fantasear, para forzar interpretaciones, para querer creer que “me está provocando”, es virtualmente ilimitada y puede sortear todos los obstáculos. Había que montar una estrategia de comportamiento de

amplio espectro, apta para afrontar todas las modalidades y matices de galanteo, seducción o acoso liso y llano. Al mismo tiempo, dicha estrategia no debía cortocircuitar con su labor sino, muy al contrario, contribuir a la preservación de la calidad profesional de su trabajo en cualquier circunstancia: “mi recurso era hacerme la boba, siempre me hice la niña, la boba”. Buscaba prorrogar así todo lo posible el último recurso: rechazar de plano al cortejante de turno, asumiendo los costos que pudiera traer aparejado el despecho del varón “humillado”. Pero, claro está, todo eso “era muy cansador, muy estresante”.

En un grupo de veinte o más periodistas esperando largas horas por la aparición de un personaje público o por la finalización de un evento, nunca faltaba alguno dispuesto a pasar el rato a costa de las contadas mujeres allí presentes (y en innumerables ocasiones, *la única mujer* en la persona de Ana María). Podía desarrollarse entonces una suerte de torneo para dirimir quién se quedaba con el cetro del más ocurrente, del más gracioso. En el contexto de ese ritual de masculinidad, esa suerte de *show* de hombres para hombres, llaman la atención sobre el peinado, el largo de la falda, el maquillaje; alguno suelta una frase del tipo “tenés carita de dormida, ¿qué habrás hecho anoche...?”, acompañada de una sonrisa socarrona que secundan sus pares.

Por lo general se trata de bromas que pasan por “benignas” para el común de la gente, y que no necesariamente llegan a la agresión desembozada (aunque en ocasiones puedan hacerlo). Se espera que ellas toleren tales comentarios, que sean “cancheras” y no se tomen en serio lo que no pretende ser más que un pasatiempo. Pero cuando esto no sucede, ellos pueden llegar a molestarse, a tratar de “mala compañera”, “amarga” y aun “histórica” a la que no aceptó estoicamente un juego “inocente” destinado a despertar la risa y la distensión. El rechazo de dicho juego, desenmascara la “violencia simbólica” (Bourdieu op.cit.) que comporta este ejercicio colectivo de masculinidad, y que permanecía invisibilizada por la complicidad femenina. Tal vez en ese desenmascaramiento resida precisamente la explicación psicológica del enojo masculino cuando ella no se presta al juego.

Estas prácticas conllevan un efecto social *naturalizador* de la desigualdad de género. Ana María lo expresa muy bien cuando las rememora en la entrevista:

“hay como un señalamiento de que sos mujer, una diferenciación de género sutil”. Basta cambiar el sexo de los protagonistas -lo que las feministas han llamado la “regla invertida”- para poner al descubierto el sexismo unidireccional que involucran estas situaciones.

Vimos que Cristina es una autodidacta cabal que aprende e inventa en la marcha el arte de comunicar. Ana María, que también lo es, echa mano complementariamente de una oferta de formación específica que comienza apenas a asomar en nuestro medio. Su itinerario es el de una mujer profesional sólida y solvente que ejerció desde muy pequeña su gusto por el periodismo. Y también, como pudo apreciarse, debe afrontar graves adversidades atribuibles a la desigualdad de género y al machismo más rampante, por decirlo en buen romance.

Será ahora el turno de Norma, que accede al periodismo audiovisual cuando las comunicadoras se hacen progresivamente más visibles en la pantalla chica. Se ve a sí misma como una autodidacta, aunque a diferencia de sus predecesoras, le toca crecer en una época en que ya comienza a generalizarse el imperativo de la formación y la titulación. También percibe la inequidad de género como una realidad tangible; sin embargo, puede hacerle frente desde un reducto recientemente conquistado por las mujeres: el desempeño profesional y la formación sólida. Desde allí, el reclamo de competencia en el terreno universal y democratizante del saber, favorece a las mujeres como Norma, que han aprendido tempranamente esa lección.

Norma

Al igual que las dos entrevistadas anteriores, Norma da cuenta del firme sostén que constituyó su familia en lo que respecta a sus opciones de vida. El gusto por los libros y por la cultura, el imperativo del cultivo personal, del estudio formal y de la titulación, constituyen la atmósfera que se respira en el hogar.

Veamos rápidamente algunas pinceladas del contexto en que le tocó crecer. En los años '60, el país -y el mundo todo- experimenta una conmoción socio-cultural profunda que hace crujir los cimientos de las sociedades occidentales. A su amparo, se opera una verdadera revolución en el “carácter social” (Riesman 1968) de las nuevas generaciones. Muchas convicciones ancestrales

son cuestionadas, los jóvenes ganan las calles con sus reclamos, los mayores se sienten de más en más extraños en un mundo que sus hijos entienden mejor que ellos. Es la época de la “segunda ola” feminista; este estallido social que reclama igualdad de género, no eclosiona por generación espontánea sino que constituye un emergente de transformaciones en curso a lo largo de todo el siglo pasado, y muy particularmente luego de la guerra mundial 1939-45. Los efectos sociales de estas transformaciones repercuten hondamente en la vida de las jóvenes: se viene reduciendo el número promedio de hijos, al tiempo que aumentan los divorcios, las separaciones y la jefatura de hogar femenina; ellas se incorporan masivamente al mercado de trabajo y a la educación superior, se generaliza la utilización de anticonceptivos modernos, se abre paso aunque no sin conflicto el derecho a la libertad sexual femenina equiparable a la que la sociedad tradicional ya concedía -o al menos toleraba- a los varones (Graña 2006:19-22).

Todos estos cambios impactan con fuerza singular en los nuevos horizontes - laborales, profesionales, educacionales- que se abren para las jóvenes. La vorágine de los nuevos tiempos arrastra a todos, pero las sacude más a ellas que a ellos. Se multiplican las situaciones novedosas que las desafían, y que ya no pueden ser incluídas de antemano en un código aprendido, tal como sucedía aun en las sociedades modernas hasta entrado el siglo XX. El origen familiar y social sigue gravitando con fuerza en el futuro posible de los y las jóvenes; sin embargo, un abanico ampliado de metas individuales que pueden alcanzarse a través de la educación formal y con relativa independencia del origen, se abre para las mujeres como nunca antes. Pero nadie regala nada en un mundo como el nuestro, mediado por relaciones de mercado: ellas deberán competir -y sobre todo demostrar sus competencias- en ámbitos todavía fuertemente androcéntricos.

En el último tercio del siglo que hemos despedido, las mujeres toman literalmente por asalto la enseñanza superior, al punto de constituir abrumadora mayoría en casi todas las carreras, incluídas aquellas tradicionalmente “masculinas”. Más aun: ellas son mejores estudiantes que ellos, obtienen en promedio calificaciones superiores a las de los varones (incluídas las matemáticas, reducto de la racionalidad históricamente tenida por “masculina”). Pero vivimos una época transicional que, como tal, aun carga con rémoras del

pasado reciente. Investigaciones europeas de los primeros años de este siglo muestran que las estudiantes exitosas

...atribuyen sus buenas calificaciones al trabajo empeñoso antes que a sus capacidades; los varones exitosos, en cambio, entienden que sus logros se deben a su mayor capacidad. Simétricamente, ellas perciben sus fracasos como el resultado de 'menores aptitudes', son más inseguras y pesimistas en vísperas de exámenes, toman más estimulantes y anti-depresivos, declaran experimentar dificultades de organización en el estudio, y en general, se muestran menos confiadas que ellos respecto de su futuro profesional. De este modo, una auto-percepción devaluada neutraliza en parte las buenas performances alcanzadas por las estudiantes. (Graña 2008)

Norma da cuenta de una actitud paterna-materna⁷ en sintonía con los nuevos tiempos, plenamente consciente de los desafíos que entraña para sus hijos la época en que han venido al mundo. Había que estudiar, había que ser buen estudiante y además no era cuestión de conformarse con el bachillerato: “para mis padres, lo más importante para sus hijos era estudiar; en mi casa no existía que dijeras ‘yo no voy a seguir estudiando’... tampoco existía que no te fuera bien, había que tener un título terciario.”

Su tono enfático transparenta un reconocimiento admirativo por una actitud que comparte y que ha incorporado visiblemente a ese puñado de convicciones profundas que estructuran la vida de cada cual. El orgullo manifiesto por la sed de saber que ha absorbido en el hogar, el cultivo personal como obligación insoslayable, se han internalizado en Norma como atributo duradero que cristaliza en modos de ser y estar en el mundo:

También un espacio importante en mi vida lo ocupa la formación permanente, el estar leyendo, leyendo la gente que hace comunicación, la gente que *piensa* comunicación (...) El tema es el tiempo para *pensar*. Tiempo para hablar sobra, habla todo el mundo, pero ¿quién piensa? ...

Pero hay algo más que la singulariza, propulsándola más allá del mandato familiar: este legado paterno-materno se ha amalgamado en su persona con una fuerte volición y seguridad en sí, doble determinación que ha contribuido a modelar su carácter. Así, imperativo de crecimiento cultural incesante y actitud

⁷ Nos permitiremos el empleo de “paterno-materno” o “materno-paterno” en reemplazo del más corriente “paterno”, que remite a *pater familias*, al patriarca, a la autoridad impar de padre y esposo; esto, porque queremos aludir a lo aprendido de/con ambos progenitores.

resuelta en la consecución de sus propósitos, se combinan para estructurar un *deber ser* autoexigente en primer término, y luego exigente hacia su entorno. Deber ser que destierra el “no se puede” y se erige en rasero universal:

...reconozco que soy muy exigente en general: lo soy con mis hijos, con las nuevas generaciones... La gente que no lee, que ni se me pare al lado en esta profesión (...) Mis hijos son muy lectores, insisto mucho... la literatura te abre el mundo de la palabra.

Tempranamente internalizado, ese *deber ser* cobra autonomía, se independiza de la autoridad materna-paterna. Es que la autonomía como meta forma parte indiscernible, precisamente, del imperativo familiar de estudio y de auto-superación aprendido desde la primera infancia. La constitución progresiva de un criterio propio, ¿no es acaso el resultado esperado de la formación personal, de la incorporación de saberes, de la adquisición de destrezas intelectuales? En este marco debe entenderse la respuesta “mi opción por la comunicación les pareció bien”, a la pregunta sobre la reacción de los progenitores ante dicha opción. En la sobriedad de la respuesta creemos adivinar que Norma daba por sentado el apoyo de sus progenitores.

Treinta años antes, el camino emprendido por Cristina Morán había supuesto una osadía mayúscula que, como pudo apreciarse, debió ser cuidadosamente timoneada mediante una estrategia familiar dirigida a persuadir al padre. Se recordará asimismo, que el éxito de aquel trabajo de zapa dependió no poco de la complicidad de la madre. Tanto Cristina como Ana María y Norma, contaron con la comprensión y el sostén de sus progenitores; para cada una de ellas, esa comprensión y ese sostén fueron determinantes en el rumbo que quisieron imprimir a sus vidas. Pero a tres décadas de aquella gesta solitaria y sin precedente protagonizada Cristina a mediados del siglo pasado, las circunstancias sociales habían experimentado cambios considerables; y al amparo de tales cambios, también mutaban las modalidades y vías del apoyo familiar.

En una época en que las mujeres ya venían irrumpiendo en el mundo laboral y en la vida pública, los padres de Norma le inculcaban el sentido de la libre elección profesional fundada en los más amplios saberes, en la educación

formal y en la titulación. Norma se había formado en letras, orientándose hacia la docencia y muy particularmente hacia la investigación.

Saliendo de la dictadura, un canal de TV hacía pública la solicitud de “gente que investigara temas sociales”. Enterada del asunto, se sintió convocada: estaba dentro de sus intereses, se trataba de algo que *podía y quería hacer*, sentía que su formación la habilitaba ampliamente para ello. Se presentó con una investigación sobre “la gente que arrastraba los carritos de basura”, que en esos años caracterizaban fuertemente el paisaje montevideano. Hizo contactos diversos en barrios carenciados, entrevistó al padre Cacho⁸, y decidió centrar su trabajo en el relato de la vida de este personaje. Su investigación satisfizo ampliamente las pretensiones de la emisora. Le pidieron un trabajo de esa índole cada quince días, que servía luego de insumo para un importante programa periodístico del momento.

Ella trabajaba sola; cuenta con orgullo que fue “la única periodista *free lance* del canal”. Fueron 16 trabajos de esa índole en que la dirección del programa en cuestión le daba un tema y ella realizaba la investigación. Esa modalidad de trabajo satisfacía plenamente sus expectativas. En definitiva, era lo que quería hacer; sentía que aquel campo de búsqueda socio-cultural se correspondía muy bien con lo aprendido, tanto en su hogar como en el sistema educativo: “nosotros tenemos una formación lo suficientemente universal que a vos te permite reciclarte en otras destrezas y en otros saberes”. Su relato es en este sentido muy expresivo, su tono animado nos indica a las claras el entusiasmo que despertó en ella no sólo la tarea en sí, sino también la autonomía con que podía realizarla:

Yo contactaba a las personas para ser entrevistadas, hacía la base teórica y argumentativa para el periodista para la presentación del tema, le proponía los entrevistados, le proponía los especialistas que podían explicar, y proponía algunas conclusiones.

Este trabajo era tanto más apreciable, cuanto que le permitía desplegar libremente sus potencialidades y ejercitar lo aprendido, al tiempo que

⁸ Nombre adoptado por el sacerdote católico Rubén Alonso (1929-1992), que había decidido irse a vivir en un cantebril y dedicó su vida a la obtención de viviendas dignas por parte de los más necesitados. Contribuyó a la formación de hogares de acogida y cooperativas de vivienda, así como a la organización de los clasificadores de residuos.
(fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Rub%C3%A9n_Isidro_Alonso)

continuaba su actividad docente, y -cuestión nada menor- mantenía a resguardo su privacidad: preparaba todos los materiales, proporcionaba todos los contactos, sugería las líneas directrices del relato y algunas conclusiones, y todo ello sin aparecer nunca en la pantalla.

En cierto momento, le pidieron que editara las notas. Ello suponía un paso importante en la profesionalización de la tarea con vistas a la comunicación audiovisual, algo que hasta el momento no había estado en sus planes. No tenía preparación curricular para esto, por lo que tomó un curso, en el entendido -obvio para ella- que toda especialización profesional va de la mano con la incorporación de saberes adecuados. A medida que avanzaba en la edición del material audiovisual recogido por ella misma, se fue involucrando progresivamente en la redacción de comentarios que incluía en *off* con el propósito de contextualizar las imágenes. “Ahí fui haciendo yo sola un aprendizaje de buscar mis materiales de información y hacer mis lecturas en comunicación”, agrega nuestra entrevistada. Práctica autodidacta que en verdad la ha acompañado desde siempre:

...un espacio importante en mi vida lo ocupa la formación permanente, el estar leyendo, leyendo la gente que hace comunicación, la gente que *piensa* comunicación (...) El tema es el tiempo para *pensar*. Tiempo para hablar sobra, habla todo el mundo, pero ¿quién piensa? ...

Pasado cierto tiempo, le solicitan la realización de una serie de investigaciones acerca de fenómenos socio-económicos importantes que estaban ocurriendo en el momento: las cooperativas productivas del norte del país⁹, las arroceras que eclosionaban en los departamentos del este, la industria alimentaria en el litoral oeste. Estos trabajos dieron lugar a un ciclo a lo largo del cual Norma trabajó mucho con investigadores de la Universidad de la República: “...siempre me apoyé mucho en lo académico, hasta el día de hoy... Me interesaba mucho tener un soporte de conocimiento ya hecho en algunas áreas”. En ese contexto realizó un programa sobre el conocimiento y las ciencias, centrado en los esfuerzos realizados desde la Universidad y el Estado para promover el retorno de investigadores residentes fuera del país en los años de dictadura.

⁹ Calvinor, Calprica, Calagua entre otras.

En suma, Norma se volcaba hacia una actividad nacida de la investigación socio-cultural con base en saberes y métodos de las ciencias humanas y sociales, y de más en más orientada hacia las especificidades de la comunicación audiovisual.

En cierto momento, las autoridades del canal le solicitaron la realización de una suplencia por unos días en el noticiero central. En principio se negó. Por una parte, daba clases en el turno nocturno; pero sobre todo, temía que esa tarea tan diferente de la que venía realizando, hipotecara la autonomía y las libertades de que gozaba con la preparación y entrega de un trabajo quincenal, tal como venía haciendo desde hacía ya más de dos años.

Pero las autoridades del canal querían contar con Norma para la provisión de esa suplencia, de modo que arreciaron los esfuerzos de persuasión. Recuerda hoy que se preguntaba por qué tenía que decidir sobre tal cosa, ¿acaso no se sentía a gusto con lo que ya estaba haciendo, acaso ya no había conquistado un apreciable equilibrio entre docencia, investigación social y familia, que no quería perder...? Y aunado a este temor ante la posibilidad de que ese nuevo paso significara para ella una pérdida, estaba también esta convicción de principio:

A mí me da mucho pudor y responsabilidad el micrófono prendido, por eso no me interesa hacerlo nada más que para hacer mi trabajo, lo demás no importa, o no habla bien de la sociedad que a la ciudadanía le importe la vida privada de la gente...

Pero alguien le recordó en aquel momento: “decidir es crecer”; es lo que hoy transmite a sus hijos, nos confiesa con sonrisa cómplice. Notemos la expresión que ha traído para rememorar ese momento crucial en su vida: “decidir es crecer”. Nos sugiere que, aun bajo protesta, *sabía* que asumir aquel reto, equivalía a dar otro paso en una dirección profesional ya emprendida. Y a la vez, sabía que no podía franquear esa nueva frontera sin ponderar con cuidado todos sus efectos, sin evaluar todas las implicancias del nuevo escenario en que la colocaría. “Esos diez días se transformaron luego en más tiempo y más tiempo... y pasaron más de veinte años”, sigue la entrevistada. La figura del interinato que se renueva una y otra vez, condice inmejorablemente con la custodia de esa autonomía que ha acunado todas las decisiones de Norma

respecto de su vida laboral y profesional. El compromiso supletorio, libre de las constricciones del contrato duradero, es siempre cancelable, está incesantemente sometido a evaluación crítica, es susceptible de eventual renegociación liberada. Si por lo general el provisorio opera en manos del contratador como resguardo de *su* inversión, en este caso era celebrado por la contratada como garantía de libertad.

Pueden así entenderse las vacilaciones de Norma ante la posibilidad de cobrar una notoriedad pública que limitara su libertad y su privacidad, que transparentan este sentido aprendido de la autodeterminación. Sentido de la libre elección de sus opciones de vida, que los nuevos tiempos ya ponían al alcance de ellas, las mujeres nacidas en la segunda mitad del siglo XX, herederas y también continuadoras de la pugna femenina por la equiparación laboral e intelectual con los hombres.

“¿Qué iba a pasar con mi vida?”, nos dice hoy Norma, rememorando aquel momento crucial en que debía sopesar con cuidado los pros y contras de una oferta profesional a la vez tentadora, desafiante y riesgosa. Y de nuevo, la respuesta a su pregunta denota un sentido de la preservación personal que, aunado a una marcada confianza en sí, termina ahuyentando aquellos temores iniciales: “...de a poco fui descubriendo que eso depende de cómo uno lo maneje: cuando vos lo manejas bien...” Como puede verse, se trata ni más ni menos que del “descubrimiento” -léase “ejercicio”- del derecho a disponer libremente de sí, a auto-regular la disponibilidad personal hacia los demás, hacia el mundo exterior. No parece descabellado suponer que esta actitud proveniente de una mujer, era simplemente impensable, impracticable o muy censurable unos pocos años atrás.

Detengámonos un instante en este sugestivo trastocamiento de género: allí donde la entrevistada dijo “...de cómo uno lo maneje”, debió decir “una” (o pudo haberlo hecho). Comencemos por lo más obvio: la expresión impersonal “uno” es muy corriente en el lenguaje hablado, la empleamos habitualmente cuando queremos desanclar un pensamiento o una acción cualquiera de nuestra subjetividad. También procuramos enfatizar así el carácter evidente o de sentido común que tiene el asunto al que aludimos, y que podría ser visto o actuado del mismo modo por cualquier otro “yo”. Toda vez que empleamos

este giro, estamos transmitiendo: “no es porque se trate de mí ni porque yo lo diga, ya que esto podría sucederle a cualquier persona colocada en idénticas circunstancias”. Otra connotación -aunque muy próxima de la anterior- es el recurso a la modestia que denota el empleo del término: “no se crean que ‘me la creo’, no hay aquí ningún mérito personal, cualquiera obraría como yo, por lo que ni siquiera digo ‘yo’ aunque haya sido yo el verdadero protagonista”.

Veamos otro aspecto involucrado en el empleo de la palabra “uno”. El lenguaje es androcéntrico, *porque y en la medida en que* lo es nuestra cultura; en ese contexto, la invisibilización del femenino solapado en el genérico masculino “uno” no debería llamarnos la atención. Sí resulta llamativo que dicho trastocamiento haya pasado inadvertido para Norma, que en la misma entrevista señalaba acaloradamente su aversión a errores de esa naturaleza cometidos por colegas: “primer mujer, primer etapa... ¡por favor, coordinación de género!” ¿Qué decir, entonces, de esta virtual “auto-invisibilización” de la protagonista de la acción relatada? En nuestra interpretación, el empleo de la expresión “uno” allí donde pudo decir legítimamente “una”, denota una sutil “masculinización” de la acción: los estereotipos aprendidos nos han preparado para esperar más “naturalmente” un varón que una mujer en el “buen manejo” de lo público. Poco importa si quien protagoniza la acción es una mujer: suena más verosímil que “uno lo maneje” bien, a que sea “una”. Tal vez la entrevistada experimentó cierta conciencia del desliz al momento de agregar *sin pausa alguna*, como si buscara suplantar rápidamente la proposición anterior: “cuando vos lo manejás bien...” Con el nuevo giro -muy propio del estilo coloquial rioplatense- manifiesta exactamente lo mismo, pero el “vos” perfectamente neutro en cuanto a género evita el conflicto: no me masculinizo, pero tampoco me desmarco del uso corriente como sería el caso si dijera “una”. Luego, la entrevistada comparte con más detenimiento esta opción profesional cuyo control exhibe con orgullo. Siente que la exposición pública no le ha impedido timonear su cotidianidad, lo que es vivenciado por ella como una importante conquista personal.

A mí no me interesa hacer un programa de tv, no me interesa ser tapa de revista, a mí no me interesa una entrevista donde se expone lo que yo hago fuera del horario que estoy al aire, tampoco le interesa a mi familia porque esto es un

compromiso asumido con ellos. Digamos que eso nunca fue un problema, siempre lo viví bien, de últimas también recojo el respeto de la gente hacia mi actitud, ¿no?

Notemos la contundente enumeración de los “no me interesa” con que reafirma esa autonomía tan preciada, tan cara a sus opciones de vida. Puede leerse en la filigrana de estos rechazos, el gusto por la labor periodística que cimenta en la investigación y en la idoneidad de las fuentes consultadas. Cuanto más alejado del “ruido” de la notoriedad y de la alharaca de la intimidad expuesta, tanto más apreciable por genuino resultará el reconocimiento logrado a través del trabajo profesional solvente, sobrio y fundado.

La retrospectiva que discurre a lo largo de la entrevista, abunda en disyuntivas que trasuntan esa firme disposición a timonear su nave a lo largo del trayecto profesional. Véase esta doble determinación, esta colusión “subjetiva” y “objetiva” entre autodeterminación y contexto social: Norma decide por sí misma qué hacer de su tiempo, con márgenes de elección que muestran a las claras los espacios profesionales ya conquistados por las mujeres:

Hice radio un tiempo, de mañana muy temprano, y descubrí que no me interesaba más en la vida levantarme a las cinco de la mañana para hacer radio, y no es un medio en el que yo me sienta especialmente cómoda (...) Tengo tres hijos, no tenía vida, me gusta leer hasta tarde...

En un tramo de su relato sobre sus inicios en la TV, Norma da cuenta de un proceso progresivo de empoderamiento. En su exposición reaparece el trastocamiento de género ya señalado: “al principio uno tenía que pelear para hacerse oír en los ámbitos internos...”, seguido de inmediato por el recurso al neutro “vos”. Se repite por tanto la secuencia que analizábamos más arriba, aunque con peculiaridades que pasamos a considerar.

En este caso, la masculinización inicial de quien se autoidentifica como “uno” siendo “una”, tiene una clave interpretativa en la frase que sigue: “después, cuando vos también vas demostrando... no por ser mujer...” La hablante quiere mostrar que debía dar aquella pelea para hacerse oír -hacerse valer- por el reconocimiento de la calidad profesional de su desempeño, independientemente de la condición de género: fuera varón o fuera mujer, la prueba es -o debe ser- idéntica. Misma equidad vale, claro está, para la ponderación negativa: “¡hay cada hombre haciendo desastres y cada mujer

diciendo disparates en los medios, que me avergüenzo de los dos...!” Norma reproduce en la entrevista aquella preocupación propia de sus primeros tiempos en la TV: pugna por ser considerada *en tanto profesional* y con prescindencia de su género, no quiere ser tratada de manera diferente *por tratarse de una mujer*. En la rememoración de aquel momento, escamotea deliberadamente su condición femenina, precisamente porque se espera que nada tenga que ver en el asunto. Dada esta circunstancia, el recurso al masculino “uno” es poco menos que imperativo; de haber dicho “una”, el sentido habría cambiado radicalmente: si sus palabras hubieran sido “...una tenía que pelear para hacerse oír en los ámbitos internos”, entonces estaría hablando de *ella* en tanto postulante mujer; y de ahí a sugerir un énfasis en los eventuales obstáculos experimentados para “hacerse oír”, precisamente por su condición de mujer, no hay más que un pequeño paso. Presumimos que esto es exactamente lo que Norma buscaba evitar en aquel momento, y que pretende dejar claramente establecido hoy, en oportunidad de recordarlo.

Nótese que resulta de aquí una interesante paradoja: el tradicional solapamiento de las mujeres bajo la expresión masculina “uno”, sirve en este caso a una estrategia propiamente femenina de reclamo igualitario que el empleo de “una” habría oscurecido. Veamos ahora toda la locución que acabamos de examinar:

Al principio, uno tenía que pelear para hacerse oír en los ámbitos internos. Después, cuando vos también vas demostrando... no por ser mujer, sino que vas demostrando que tenés... que lo que estás diciendo, lo estás diciendo porque atrás tenés determinado soporte argumentativo: digo esto por esto y por esto y por esto...

Expresábamos más arriba, que en este tramo del relato con que reconstruye sus inicios en la comunicación audiovisual, Norma manifestaba el temor o rechazo -en ella más bien esto último- a una evaluación de su trabajo sesgada por prejuicios de género, y ahí anclábamos el *quid pro quo* ya señalado de “uno” por “una”. Sin embargo, el modo en que ha encarado su formación personal así como los caminos por los que llega a la TV, nos dicen de alguien que está muy lejos de autoperibirse como una “víctima” de la desigualdad de género. La entrevistada enfatiza la importancia del “soporte argumentativo” para demostrar la calidad profesional, demostración cuya necesidad no

responde al hecho de “ser mujer” sino a la aplicación de un rasero universal, racional e impersonal. Es ese, a todas luces, el terreno en que se siente fuerte, en el que quiere lidiar, y lo expresa con todas las letras:

...el ámbito de la competencia en estos medios, a mi juicio, no es el físico, es el intelectual, pero hay quienes se arreglan para transformarlo en otra cosa, y quienes se terminan quedando con el lugar del trabajo intelectual son los hombres y el lugar del florerito son las mujeres.

A la vez, reconoce que “...no es fácil en algunos medios para las mujeres tener un espacio de igualdad con los hombres”. Pero Norma no centra los obstáculos o dificultades que traban este “espacio de igualdad” en factores externos o en circunstancias sociales exógenas, sino en las propias mujeres que se conforman con “el lugar del florerito”:

...hay una serie de bloqueos... y eso no va en tono de crítica, yo creo que tenemos un bloqueo para dar por sentado que tenemos los mismos derechos, ¿no?, que no tenés que estar todo el tiempo demostrando todo, ¿no?

Norma mide a sus congéneres con la vara exigente de quien está habituada a medirse a sí misma de igual manera, desde su más temprana educación. Pero también entiende muy bien, en tanto mujer, las condiciones de posibilidad de tal bloqueo, y esa empatía la induce a conjugar la primera persona del plural: “yo creo que tenemos un bloqueo”. A contrapelo de su modesta auto inclusión, está claro que en el devenir de su actividad periodística, ha sabido “dar por sentado” lo que para otras mujeres se presenta bajo forma de “bloqueo” interiorizado que las auto inhibe. Es lo que nos transmite en otra parte de la entrevista: “yo tengo un lugar de comodidad entre los colegas, en el ámbito de la profesión”, un lugar que se ha ganado partiendo de la equidad como algo que no se discute. En tal contexto de sentido, la última frase de la alocución antes citada debe entenderse como un llamado, una recomendación dirigida a sus pares involucradas en los medios: “no tenés que estar todo el tiempo demostrando todo...”

A la vez, ellas deben hacerse fuertes en la labor profesional: también suena en las palabras de Norma este legítimo reclamo a sus pares, acompañado de un velado reproche a las que optan por no dar esa batalla y contribuyen con su actitud a desvalorizar las conquistas femeninas ya logradas en el terreno:

...a mí me molesta mucho cuando siento que hay conquistas que hemos hecho las mujeres en base al rigor y al trabajo serio, y hay gente que... se lo tira por la borda utilizando el espacio para hacer y decir banalidades

Sin embargo, esta actitud banal no debe atribuirse a la condición de mujer: “¡hay cada hombre haciendo desastres y cada mujer diciendo disparates en los medios, que me avergüenzo de los dos...!” Vemos aquí esta voluntad de evaluar los desempeños profesionales con el rigor que reclama el imperativo de calidad, independientemente del sexo de quien se trate: “en la medida en que entendamos que las estrellas de saberes son intelectuales y no la condición física, entonces vamos a estar peleando en el mismo escalón, ¿no?” Esa pelea por la equidad se desarrolla *desde* un lugar históricamente inequitativo para ellas, y debe hacerse en un terreno profesional en el cual “tenés que ser mejor”. El reclamo de equidad supone entonces un esfuerzo singular, inevitablemente signado por la competencia y por relaciones de poder:

...para que entre *una*, se tiene que ir *uno*. *Una* entra en el lugar de *uno* que estaba ocupando el lugar. Y tenés que ser mejor que ese *uno*, no es porque seas mujer, es porque tenés que ser mejor que ese *uno*. Ese *uno* que se tiene que ir no te la hace fácil, obviamente, o que tiene que dejarte ese espacio que tú tomás, no te la hace fácil. Pero yo creo que en este momento, por suerte, hay muy buenas periodistas en Uruguay, hay buenas mujeres en la prensa, haciendo televisión y escribiendo y también haciendo radio.

Al mismo tiempo, Norma manifiesta clara conciencia de que las mujeres han debido afrontar dificultades extras, esas *sí* asociadas a su condición de género:

...por suerte, creo que se ha dado el ingreso de mujeres a niveles de calidad (...)
Eso empezó a cambiar cuando las mujeres empezaron a presentar notas políticas, notas económicas... Yo creo que la calidad del trabajo femenino ha ido mejorando, y que no ha sido nada fácil.

En la dupla de presentadores del noticiero, como no podría ser de otro modo, la división de tareas está decantada por los estereotipos tradicionales que convalidan la primacía masculina en el espacio público: “...al principio no era absolutamente en igualdad de condiciones: yo no saludaba, ni al principio ni al final, y había algunas noticias que yo no presentaba...” Muy probablemente al comienzo esto fuera vivido como “normal” por parte de Norma: todos hemos sido socializados en la visión androcéntrica del mundo que aún hoy es hegemónica, aunque en la actualidad las cosas ya no sean lo que eran hace

dos o tres décadas. Pero pronto comenzó a experimentar las incomodidades de una inequidad sólo explicable por prejuicios de género; incomodidad tanto más gravosa, cuanto que ella se sentía perfectamente capaz de desempeñarse con solvencia en todos los roles y temas susceptibles de abordaje en un noticiero.

...y eso empezó a molestarme un poco. No me parece que hubiera una política, ¿sabés?, era una cosa de que era la inercia, siempre había sido así. Y por primera vez una mujer estaba co-conduciendo.

Norma no veía allí “una política”, sino más bien un efecto de “la inercia”, del hecho de que “siempre había sido así”. Y sin embargo, la situación le resultaba “molesta”: esta incomodidad representa lo novedoso, preanuncia la ruptura, introduce un palo en la rueda de la “inercia”. Ella ya se sentía perfectamente preparada para ocupar un lugar *todavía* dominado por hombres. Las mujeres que, como Norma, acceden a roles tradicionalmente tenidos por masculinos y usufrutuados casi exclusivamente por hombres, experimentan en carne propia, por así decirlo, los crujidos y tensiones sociales de una época transicional. Y cuando lo hacen desde una estructura personal de firmeza y confianza en las potencialidades propias -como es su caso- intervienen activamente en ese proceso de cambio, lo co-protagonizan.

La progresiva molestia generada por una co-conducción no equitativa, debió preparar la disposición anímica de Norma para aprovechar la primera oportunidad favorable a un reequilibrio en los desempeños de ambos presentadores de cara a la teleaudiencia:

Y bueno, un día ocurrió que mi compañero no vino, y entonces yo tuve que hacer todo. O sea como que ese día, la lesión cerebral que aparentemente me impedía saludar al principio y al final, desapareció (...) cuando vos metés el pie entre el marco y la puerta no lo podés sacar más, ¿no? No tenía sentido dar marcha atrás.

La ironía de la “lesión cerebral” con que Norma ríe de sí misma, trasluce su mirada sobre sí misma adoptando la -supuesta- perspectiva de sus televidentes. Debió imaginar que se preguntarían “¿y ella no saluda...?”, fantasía dictada mucho más por el disgusto de un desempeño que la desvalorizaba, que por un incierto y poco probable “qué dirán”.

La segunda parte de la locución arriba citada, denota su voluntad de conservar un lugar que siente como legítimamente propio; emplea para ello la imagen del pie en la puerta. Esa puerta estaba cerrada para Norma: no saludaba a los televidentes, no parecía competente para ciertos temas; y apenas se entreabrió por accidente, metió su pie para no retirarlo más. Norma continúa con la analogía para expresar que, una vez allí colocado, el pie *ya no puede sacarse*. Hay algo aquí que desentona, que va a contrapelo del sentido común: ¿acaso no es siempre posible retirar el pie y dejar que la puerta vuelva a cerrarse...? En concreto, Norma *pudo haber sacado el pie*. ¿Por qué, entonces, afirma precisamente lo contrario forzando así la imagen de la puerta? De haber sacado el pie, presumimos que no habría llamado la atención de sus pares ni de la teleaudiencia: simplemente, una vez pasada la emergencia, se la habría visto retomar su rol “normal” de acompañante-que-no-saluda-ni-habla-de-ciertos-temas.

Propondremos que la expresión elegida por Norma -“no lo podés sacar más”- que parece lógicamente incongruente, delata su propia voluntad de transformar algo que pudo desgranarse como episodio deleznable y olvidable, en modificación duradera de su estatuto profesional. Seguramente sintió en aquel momento que *no podía* -porque *no debía*- sacar el pie, y es ese sentimiento que aflora en el acto de rememorarlo. Esta interpretación vuelve inteligible aquel “error” de la analogía, que deja de serlo para investirse con una fuerte carga significativa. Las palabras que siguen a la imagen de la puerta, parecen confirmar nuestra hipótesis: “no tenía sentido dar marcha atrás”. ¿No tenía sentido para su colega presentador, para los telespectadores...? No: no lo tenía *para ella*, desde una posición en que vivía la situación “normal” como una subestimación de sus competencias.

¿Cómo ha experimentado Norma su condición de madre de tres hijos, qué decir de la conjunción impar de responsabilidades que la maternidad trae aparejada para las mujeres trabajadoras, y más particularmente, para aquellas expuestas al gran público? Su relato exhibe, aquí también, las huellas de esa época transicional en que se despliega su vida y su labor profesional. Al igual que tantas mujeres, Norma debió hacer mucho por sostener ambas esferas de

su vida cotidiana: la familia y el trabajo, de modo tal que no se produjeran cortocircuitos ni interferencias de ninguna especie.

En otro trabajo hemos abordado las interacciones entre maternidad y carrera profesional. No pocas entrevistadas¹⁰ habían vivido su maternidad como un “problema” para el trabajo, y actuaban como si ciertos derechos ya sancionados por ley -la licencia maternal, el permiso de lactancia en horario laboral- resultaran de una concesión graciosa y no de una legítima conquista histórica (Graña 2001). La maternidad pesa sobre muchas mujeres como una carga que resiente su dedicación al trabajo y les induce sentimientos de culpa. Norma integra una generación de profesionales que comienzan a vivir sus responsabilidades maternas sin aquellas constricciones. Ello no impide la subsistencia de ciertos anclajes de un pasado todavía muy reciente; se manifiesta en la percepción de la maternidad como un “problema” para otros, que la induce a hacer lo posible por neutralizarlo: “...me he esforzado por que la maternidad afectara lo menos posible mi vida profesional, o sea que eso no sea visto como un problema”.

Tuvo su primer embarazo cuando llevaba un año en el telenoticiero. Su relato trasunta esa nueva seguridad en sí que las mujeres profesionales han conquistado; y también evidencia el alto precio que han debido pagar, en términos de sobreesfuerzos compensatorios. En la locución siguiente puede verse el modo en que ambas dimensiones se amalgaman en un único comportamiento:

...no sentí en ningún momento... no sentí *jamás* que no volvía al mismo lugar que dejaba, al término de mi licencia maternal. Estoy en un lugar que siempre me dio mucha seguridad, un ámbito que siempre me dio mucha seguridad. Yo no he tenido un minuto de dejarme estar...

Si por una parte, las obligaciones maternas ya no suponen una amenaza para su situación laboral (las dos primeras frases), ello también reposa sobre una vigilia incesante, sobre una labor profesional sin autoindulgencias, que no se permite tregua alguna (última frase).

Al mismo tiempo, Norma ya no ve las cosas como antes; en su retrospectiva sobre la época de los embarazos y la primera infancia de sus hijos incorpora

¹⁰ Se trataba de mujeres empleadas en la actividad financiera.

una reflexión crítica que se presenta bajo forma de “arrepentimiento”: siente que hoy ya no procedería del mismo modo. Este razonamiento, claro está, puede parecer algo equívoco: sus embarazos pertenecen a un pasado relativamente reciente, pero ya “remoto” en cierto modo, dada la rapidez de los cambios socio-culturales e institucionales que vienen transformando las relaciones de género. En este sentido, toda retrospectiva conlleva algo de “extrañamiento”, de distancia subjetiva respecto de las propias vivencias, tal como puede notarse en la locución siguiente:

Yo me doy cuenta de que he... me arrepiento de eso, pero he intentado jugar a la *super woman* con eso: hago todo, puedo con todo, no se nota nada: no se nota que no dormí... Es un sobreesfuerzo que estoy convencida que hacen muchas mujeres y que ningún hombre tiene que hacer. Eso es algo que tal vez ojalá las nuevas generaciones vivan distinto, y digan ‘si no dormí en toda la noche no voy’...

Norma hace conciencia que le tocó vivir un período transicional de cambios lo bastante rápidos como para ser perceptibles a lo largo de su propia historia personal como madre: “en el tercer embarazo logré el aire acondicionado para el estudio, y fue fantástico, porque en los otros embarazos me bajaba la presión”, ilustra.

Hasta aquí los recorridos de Cristina, Ana María y Norma. Los hemos examinado enfatizando no sólo los obstáculos atribuibles al género que debieron afrontar, sino también sus conquistas, que sentaron precedentes para las generaciones venideras de periodistas comunicadoras en la TV abierta. A continuación y para finalizar, procuraremos enmarcar la gesta de las pioneras en una perspectiva más amplia.

Palabras finales

En este trabajo quisimos trazar la trayectoria profesional de tres comunicadoras de TV de la primera hora con el propósito de describir los principales obstáculos y resistencias con que debieron lidiar, poniendo el foco en las relaciones de género. Nos propusimos “ver” a través de los ojos de las entrevistadas, el mundo de vida en que ellas procuraron hacerse un lugar como profesionales en la televisión abierta. Para hacerlo, debimos *elegir* algunos casos, lo que involucra indefectiblemente su contrario: hemos descartado otros. Tuvimos que decidir qué trayectorias de vida se prestaban mejor para reconstruir los escenarios en que se desarrollaron *las comunicadoras de TV en general*, y no solo las que decidimos entrevistar. En lo tocante a las primeras mujeres que accedieron profesionalmente a la TV, el dilema de la selección está muy mitigado: i) porque son pocas y por tanto el número de “descartadas” es relativamente pequeño, y ii) porque la visibilidad pública que brinda la televisión constituye un criterio válido de selección en sí mismo, que no necesita mayores explicaciones. El caso de Cristina no ofrece ambigüedad alguna, dada su condición impar de primera mujer en la pantalla chica: simplemente, no hay otros casos similares con los que pudiéramos comparar su itinerario. Los casos de Ana María y Norma, en cambio, sí fueron elegidos entre otras mujeres de su misma generación, aunque muy pocas por cierto. Como queda dicho, la notoriedad pública aporta un criterio de selección autoevidente, y es en definitiva el criterio que hicimos primar.

En suma, los tres casos considerados nos han permitido poner de relieve las principales peripecias y obstáculos que debieron afrontar las primeras mujeres que conquistaron notoriedad en la pantalla chica. El informe que aquí termina, constituye un primer avance en esta línea de investigación que continuaremos, abarcando las generaciones más recientes de comunicadoras. Será entonces oportunidad para explayarnos con amplitud en las conclusiones finales del trabajo.

Bibliografía

Aldana S., Beck, I., Bruera, S., Encabo A., Flaschland C., Medina J., Silva U. (2000): *Género y Comunicación. El lado oscuro de los medios*. Editorial Carmen Torres, Santiago

- Alfaro, R. (1997): *Mujeres en los medios: ¿presencia o protagonismo?* Editorial Calandria, Lima
- Bach M., Altés E., Gallego J., Plujà M., Puig M. (2000): *El sexo de la noticia*. Icaria Editorial, Barcelona
- Beltrán, M. (1986): “Cinco vías de acceso a la realidad social”, en García Ferrando, J.Ibáñez y F.Alvira (comp.): *El análisis de la realidad social, métodos y técnicas de investigación*. Alianza Edit.
- Berganza Conde M. y del Hoyo Hurtado M. (2006): “La mujer y el hombre en la publicidad televisiva: imágenes y estereotipos”. *Zer*, 21, pp.161-175
- Blanchet, A. (1989): “Entrevistar”, en Blanchet A. et al.: *Técnicas de investigación en Ciencias Sociales*, Narcea S.A., Madrid, pp.87-129
- Bourdieu, P. (2000): *La dominación masculina*. Editorial Anagrama, Barcelona
- Bourdieu P., Wacquant L. (2000): “La nouvelle vulgate planétaire”, en *Le Monde Diplomatique*, mayo, pp.6-7. Disponible en: <http://www.monde-diplomatique.fr/2000/05/BOURDIEU/13727> [acceso en noviembre 2014]
- Bruera S., Celiberti L., Genta M. (1999): *En el medio de los medios. Monitoreo realizado a los medios de comunicación*. Cotidiano Mujer/UNICEF, Montevideo
- Burch, S. (2000): “Género y Comunicación: la agenda de las mujeres en comunicación para el nuevo siglo”. Consultado en http://eva.universidad.edu.uy/pluginfile.php/318247/mod_resource/content/1/Burch%2C%20Sally%20-%20LA%20AGENDA%20DE%20LAS%20MUJERES.pdf [acceso en noviembre 2014]
- Casal, A.: diario *El País* 14/6/98, Montevideo
- Castañeda, M. (2007): *El machismo invisible regresa*. eBook Taurus, México. Disponible en <http://books.google.com.uy/books?> [acceso el 15/11/2014]
- Defeo, O.: (1994). *Los locos de la azotea*. Cal y Canto, Montevideo
- De los Ríos, M. y Martínez, J. (1997): “La mujer en los medios de comunicación”. Revista *Comunicar* N°9, pp.97-104
- Espin J., Marin M., Rodríguez L. (2006): “Las imágenes de las mujeres en la publicidad, estereotipos y sesgos”. *Redes.Com-Revista de Estudios para el desarrollo social de la comunicación* N°3, pp. 77-90.
- Figueira, J. H. (1955): *Trabajo. Nuevo método de lectura expresiva y de literatura (Libro Cuarto)*, Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal, Montevideo
- Foucault, M. (1977): *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI, Madrid
- Gámez, María José y Blázquez, Esther (2004): “Mujeres y publicidad: de la representación de la violencia de la representación”. En Lopez, R., Marzal J., García Pérez, N.: “La mujer en la publicidad”. Tesis de maestría en Estudios Interdisciplinarios de género, Universidad de Salamanca
- Giddens, A. (1995): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra S.A., Madrid, pp.5-25, 53-65, 167-183

- Goñi, M. (2005): "Análisis cualitativo de la participación femenina en la TV de aire en Montevideo". Tesis de grado (inédita). Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR, Montevideo
- Graña, F. (2010): "Discurso, texto y contexto", en *Diálogo social y gobernanza. El discurso de los actores sociales involucrados en la instalación de la fábrica de celulosa en Fray Bentos*, CSIC UdelaR, Montevideo, pp.79-101
- ___ (2008): "El asalto de las mujeres a las carreras universitarias 'masculinas': cambio y continuidad en la discriminación de género", *Praxis Educativa* n°12, Fac. de Cs. Humanas UNL Pam, Santa Rosa, La Pampa, pp.77-86
- ___ (2006): *El sexismo en el aula. Educación y aprendizaje de la desigualdad entre géneros*, Nordan, Montevideo
- ___ (2001): "Maternidad y carrera profesional: un difícil matrimonio. Un estudio de caso en la esfera financiera", en Aguirre Rosario y Batthyány Karina, coordinadoras: *Trabajo, género y ciudadanía en los países del Cono Sur*, CINTERFOR-OIT / Asociación de Universidades GRUPO MONTEVIDEO / Universidad de la República, Montevideo, pp.253-258
- Instituto Nacional de las Mujeres (2005): *Las mujeres y los medios de comunicación*, Dirección Nacional de Evaluación y Desarrollo Estadístico, México
- Lionetti, L. (2000): "La educación del 'bello sexo' para el ejercicio de la ciudadanía en Argentina (1870-1916)". En Pérez Cantú, Pilar & Postigo Castellanos, Ana María: *Autoras y Protagonistas*. Edic. Univ. Autónoma de Madrid, pp.325-349
- López, P. (2004): "Las mujeres en el discurso iconográfico de la publicidad". En *Formación y acreditación en consultoría para la igualdad de mujeres y hombres*. Emakunde/Instituto Vasco de la Mujer. Disponible en http://www.emakunde.euskadi.net/u72-publicac/es/contenidos/informacion/pub_jornadas/es_emakunde/adjuntos/formaci_acredi_es.pdf [acceso en noviembre 2014]
- Lovera, S. (2007): "Comunicación y género. El reto de este siglo denominado de la sociedad de la información". *Comunicación e Ciudadanía* N°1, Galicia
- Montero S. (2010): *Las mujeres como profesionales de los medios de comunicación*. Observatorio Extremeño de Igualdad de Oportunidades y Empleabilidad, Extremadura. Disponible en http://eva.universidad.edu.uy/pluginfile.php/326779/mod_resource/content/1/Monterio%2C%20Sonia%20-%20MUJERES%20PROFESIONALES%20EN%20LOS%20MEDIOS%20DE%20COMUNICACION.pdf [acceso en noviembre 2014]
- Peters, B. (1995): "Mujeres y medios de comunicación: acceso a los medios y a la toma de decisiones". Documento preparado para el Simposio Internacional de la UNESCO. Toronto, febrero-marzo
- Racionero, Flora y Olivares, María Angeles (2012): "Estudio comparativo de los estereotipos femeninos en la publicidad gráfica de España y Brasil, a partir de una experiencia educativa en la enseñanza superior". *Revista Iberoamericana de Educación* N°59/4
- Riesman, D. (1968): *La muchedumbre solitaria*. Paidós, Bs Aires (© *The Lonely Crowd. A Study of the Changing American Character*, Yale Univ. Press, 1949)

Secanella P.M. y Fagoaga C. (1984): *Umbral de presencia de las mujeres en la prensa española*. Serie "Estudios", Instituto de la Mujer, Madrid